

# Criminalología Moderna

Año II.

Buenos Aires, Julio de 1899

Núm. 9

## REFERENDUM JURÍDICO

SOBRE LA REORGANIZACIÓN DE LA JUSTICIA PENAL EN LA ARGENTINA

*Criminalología Moderna*, que no limita su esfera de acción al árido campo de un doctrinismo académico y que entiende de su deber científico suscitar vastas y fecundas discusiones sobre los problemas de actualidad que se refieren al derecho y al procedimiento penal, abre entre los cultores nacionales de estos estudios un *referendum jurídico* sobre los puntos principales relativos á los proyectos de reorganización judicial que se discutirán en breve por el Poder Legislativo.

La Argentina intelectual está en el deber de educar el espíritu público al gran principio de la legislación directa.

Ahora bien, en materia de procedimiento penal, ninguna opinión puede tener una influencia más decisiva y ventajosa, sobre los legisladores del país, que la que nosotros entendemos provocar con esta investigación científica.

Por otra parte, ningún argumento es tan interesante para todos ni *munus publicum* alguno debe ser tan celosamente ejercitado por los amantes y cultores del derecho, como la legislación de los procedimientos penales en cuya más ilustrada y recta función se halla la única garantía de los honestos, no solo contra los delincuentes, sino también y muy principalmente contra toda posibilidad de iniquidades judiciales que constituyen la for-

ma más peligrosa, aunque impune, de la delincuencia.

Esta Revista que desea tomar una iniciativa práctica por el triunfo de los principios de la verdadera y elevada justicia, que ella sostiene, invita pues al mundo jurídico argentino á un plebiscito intelectual que influirá sin duda eficazmente sobre la obra de los poderes públicos, en las reformas judiciales de inminente discusión.

Si la primer iniciativa de la saludable reacción que hoy se agita, es debida á la opinión pública en sus diversas manifestaciones, forenses, universitarias, periodísticas etc., nada más justo que idénticos factores, prosiguiendo la obra tan eficazmente iniciada, hagan sentir su acción conjunta en la discusión del problema planteado, toda vez que la labor sería incompleta si se limitase á señalar el mal, sin indicar el remedio.

Todos los abogados, profesores, magistrados, hombres de ciencia y escritores del país, á quienes dirigimos esta circular, quedan invitados á esta obra, rogándoseles se sirvan tomar parte en el plebiscito que iniciamos, bajo la base del siguiente

### CUESTIONARIO:

1°

(a) ¿Crée Vd. que puede implantarse ventajosamente en el actual estado

del país, el juicio por jurados en materia criminal?

(b) ¿En qué razones funda Vd. su aceptación ó rechazo de esta reforma?

2°

(a) Independientemente de la cuestión anterior, y en el caso de que permanezcan los juicios penales confiados —exclusivamente á la magistratura ordinaria, piensa Vd. que el doble principio de la oralidad y publicidad de los juicios, debe ser aceptado, ó nó, por la nueva legislación?

(b) ¿Qué argumentos pueden militar en favor del procedimiento actual, ó del sistema oral, público y contradictorio?

(c) Sírvese Vd. indicar, si lo cree conveniente, algunas otras garantías que, aparte de la oralidad y publicidad de los juicios penales, puedan asegurar el control público, fácil, continuo y directo, sobre la obra de la magistratura.

3°

(a) ¿Prefiere Vd. el magistrado único, ó el tribunal colegiado, en la administración de la justicia penal de primera instancia?

(b) ¿Cuáles son los inconvenientes ó las ventajas que pueden ofrecer entre nosotros, uno ú otro sistema?

Se ruega á los interpelados se sirvan enviar sus respuestas á la brevedad posible, dirigiéndolas por correo á la Dirección de esta Revista—calle de Talcahuano núm. 379—con arreglo al cuestionario precedente, estableciendo las conclusiones con la claridad y concisión posibles, y aún cuando solo sea monosilábicamente.

Las respuestas—cualesquiera que sean—serán publicadas en un volumen especial que la Dirección editará y distribuirá profusamente en el público bajo el nombre de sus respectivos autores, siempre que estos no manifiesten su voluntad expresa en contrario.

Las respuestas monosilábicas que tendrán también un valor cuantitativo, serán compiladas en grupos especiales cifrados.

A los colegas del periodismo nacional y extranjero del país, rogamos especialmente se sirvan secundar y propagar nuestra iniciativa que creemos tendrá un vasto é importante interés público, y á todos los cultores y estudiosos del derecho, sin distinción alguna, que se sirvan coadyuvar á esta simpática y útil iniciativa, enviamos desde ya la expresión de nuestro agradecimiento.

*La Dirección y Redacción.*

## Colaboraciones Exteriores

(Únicas y exclusivas para «Criminalología Moderna»)

DE S. OTTOLENGHI — SIENA — Italia

La policía judicial y la antropología criminal aplicada

I

La antropología criminal, surgida como una expansión necesaria de las nuevas doctrinas biológicas, á las más graves cuestiones que interesan la psiquis humana, gracias á la genial iniciativa de César Lombroso, ha difundido ya sus doctrinas que desde hace un veintenio han venido multiplicándose y perfeccionándose, día por día, en todo el mundo civilizado.

Las numerosísimas publicaciones originales y críticas que constituyen hoy una verdadera biblioteca internacional, lo demuestran hasta la evidencia. Actualmente, al trabajo de preparación de los materiales y al de su difusión, debe seguir, otra obra no menos ardua, no menos necesaria y tanto más urgente.

La antropología criminal entra en un nuevo período que será ciertamente el más fecundo, cual es el de la aplicación.

Estéril sería esta ciencia si se contentara con definir aquellas cuestiones teóricas algunas de las cuales parecen pacer aún sobre el libre albedrío, como es, por ejemplo, el principio de la responsabilidad individual. La antropología criminal ha puesto al desnudo el cuerpo y la psiquis del delincuente, y sobre sus datos que no



pueden hoy dar lugar á divisiones de escuelas, deben iniciarse las aplicaciones á la lucha contra el delito.

Y este trabajo apremia, puesto que en todas las naciones, y aún hasta en las que la civilización es mayor, y más perfeccionados los medios de la lucha, como sucede en Inglaterra, el incremento del delito se hace sentir profundamente, provocando en todas partes la alarma y la protesta. (1)

En esta *Criminalología Moderna* que me parece realmente inspirada en los criterios científicos más prácticos, pienso proseguir aquella obra que, convencido de su actual necesidad, he iniciado en Italia lleno de esperanzas, con la institución de una enseñanza universitaria práctica sobre la policía judicial científica, es decir, sobre antropología criminal aplicada. (2)

Para demostrar cuan amplio y fértil es el campo á cultivar, demostraré aquí con pocas referencias como pueden aplicarse los nuevos datos científicos, en el primer período de la lucha contra el delito, y en la investigación del delincuente.

## II

La constatación del delito debe hacerse con todas las garantías que la medicina forense puede ofrecer, valiéndose de todos aquellos medios que suministra el progreso de las ciencias físicas y químicas.

Ante todo, en cada oficina de instrucción, y adjunto al Juez Instructor, debe haber un médico legista que acompañe al magistrado en todas sus indagaciones, de tal manera que pueda examinarse á tiempo el teatro del delito y todas las huellas frescas dejadas por él, sobre el cadáver, sobre el vivo y en el lugar (las circunstancias más inícuas, en apariencia, los rasgos menos evidentes de los pavimentos y paredes, y las más pequeñas manchas de sangre) haciendo desde las primeras fases del procedimiento, un examen completo de las lesiones constatadas en el herido ó en el cadáver, para establecer exactamente la naturaleza y gravedad del hecho, las cuestiones á que él puede dar lugar, las investigaciones á iniciarse. A esto se aplicarán todos aquellos medios que la fotografía, la anatomía, la química, la física, etc. ofrecen para la fijación de los rastros, y que suministran la

microscopía y la bacteriología, para el conocimiento de su naturaleza.

La reproducción fotográfica del lugar donde se ha perpetrado el delito, de la posición del cadáver y objetos que lo rodean (medios usados ya con espléndido resultado en muchas oficinas de instrucción) pondrá siempre á los jueces en condiciones de reconstruir el hecho, del modo más exacto, y valorar más justamente las deposiciones de los acusados y de los testigos, permitiendo reproducir á los magistrados togados ó populares, la escena viva del hecho, en cualquier momento. Los medios de conservación que nos proporcionan hoy los estudios anatómico-fisiológicos (congelación, fijación, formalina, cloruro de zinc, líquido de Müller, alcohol, etc.) permitirán tener á la vista no solo la imagen sino también el cuerpo mismo del delito en sus partes más demostrativas. Las reproducciones en yeso en parafina, etc. servirán para conservar las huellas visibles pero no durables, en la nieve, el polvo, el fango, etc. Las reacciones químicas de la tinta, del nitrato de plata, sobre el papel, revelarán hasta los rastros que no son visibles al ojo. El rápido examen sobre los líquidos y tejidos del cadáver sobre las manchas dejadas en los paños, muebles, armas y en todo lo que ha podido estar en contacto con la víctima y con el agresor, permitirá, gracias á los progresos de la microscopía, la bacteriología y la toxicología, descubrir en los rastros más insignificantes del delito sus más oscuras causas, importantísimas con respecto al delincuente.

Y todo este material que así se irá acumulando, después de haber servido para asegurar la acción de la justicia, se utilizará luego con mayor provecho, cuando reunido, ordenado y expuesto en museos especiales, suministre un poderoso medio de enseñanza á los médicos, peritos y funcionarios de la policía judicial. Informen á este respecto los museos constituidos ya en Graz, Viena, etc.

## III

### LA INVESTIGACIÓN DEL DELINCUENTE

Es en este punto donde más potente se hace la lucha científica contra el delito.

¿De qué serviría la constatación del hecho, si no pudiese descubrirse el delincuente y, descubierto, no se llegase á castigarle?

Medítese sobre la diferencia entre el número de los delitos denunciados y el de los autores condenados: en Italia, por ejemplo, durante el

(1) Morrison: *Juvenile offenders* (Bibliogr. in *Der Armenfreund*, Mayo 1899).

(2) S. Ottolenghi: *La enseñanza universitaria de la policía judicial científica* Flli. Bocca Torino 1897.

período anual de 1894, solo fueron condenados los reos en el 44 % de los delitos denunciados.

Se impone, desde luego, la reforma científica de la policía judicial. Esta debe constituir una fuerza poderosa y estratégica, armada hasta los dientes contra las continuas insidias de los delincuentes. Supongamos que cada funcionario de la seguridad pública se acerque al ideal del *detective*.

Esto no basta. Es necesario que las oficinas de policía estén provistas de dos fuerzas poderosas: el conocimiento del lugar en que la oficina funciona y el conocimiento de las clases peligrosas contra las que debe luchar.

Al conocimiento del lugar puede llegarse mediante un *Referendum estadístico — gráfico regional*, en el cual debe penerse ante la vista del funcionario, los delitos predominantes en la región, la época álgida, las causas ocasionales más comunes de las manifestaciones criminosas y, del modo más conciso, las noticias y datos indispensables sobre los usos del lugar, sus leyendas, industrias, comercio etc.

Todas estas noticias pueden recogerse fácilmente por medio de las *monografías locales* que se compilarían por los estudiosos de la sociología criminal y por los funcionarios más cultos de la policía.

El conocimiento de las clases peligrosas que es aún más esencial, se obtendría formando un *Casillero antropológico anagráfico* que reúna todos los datos más esenciales, sobre los delincuentes condenados ó sospechosos.

En primer lugar, deben recopilarse los datos sobre la identidad de todo individuo examinado en la oficina (identificación antropométrica, descriptiva, medición y retrato hablado) que servirán para clasificarlo; luego seguirán las indicaciones sobre la capacidad para delinquir, hábitos, delitos cometidos (reincidencias) enfermedades, familia, herencia, etc. en todo lo cual podrá el funcionario encontrar, con la mayor facilidad, las noticias indispensables para seguir la pista de los individuos sospechados, ó iniciar, aún sin necesidad de ciertos confidentes, las primeras indagaciones de los culpables ignorados.

Tales indicaciones, deben constituir, después, las primeras líneas del expediente (bordereau) el cual, á su vez, debe formar—como lo han reconocido ya ilustres magistrados: Garelli, Ferriani, etc.—la verdadera biografía del procesado, de modo que el Juez esté en condiciones de llegar al reconocimiento de la culpabilidad y su capacidad para delinquir, por las mejores y más

directas vías, evitando caer en todo camino falso como frecuentemente sucede hoy que para los magistrados, el procesado no es más que una esfinge, tanto en el período de la instrucción, como durante el debate.

Y así sucede que, aún cuando el delincuente sea un loco, si la suerte no lo ha hecho rico, es encerrado en la celda de una cárcel, como si fuese sano de mente, quizá porque su locura no se acentúa demasiado en las manifestaciones externas.

Dirigido por esta vía el procedimiento judicial, se valdrá para el exámen del acusado, de todos los medios de la semiótica que la medicina forense tiene hoy á su disposición para poner al desnudo la psiquis del examinado.

Pero lo más importante, es que el verdadero conocimiento del procesado, hará posible la aplicación de una pena que no sea vengadora ciega de un derecho ofendido, sino un tratamiento racional, adoptado á los caracteres del acusado, á su mayor ó menor temibilidad, á su menor ó mayor grado de corregibilidad.

El conocimiento del delincuente es al mismo tiempo el medio más eficaz y el fin más útil para vencer en la lucha contra el delito.

El conocimiento del reo que no está formado como lo quiere el legislador, sino como lo han hecho la raza, la herencia, el país, el lugar, el ambiente, las circunstancias ocasionales, las condiciones económicas, las enfermedades, los traumatismos, los venenos, las pasiones, etc. etc., conducirá no solo el castigo del culpable del modo más racional en relación á su mayor ó menor temibilidad, sino á dirigir el pensamiento hacia una obra mucho más importante y eficaz para el tratamiento preventivo del delito, estudiando sus causas y tratando de eliminarlas.

La profilaxis que es hoy en las ciencias médicas el medio más poderoso para combatir las enfermedades en sus gérmenes y causas, es también actualmente el medio que se impone para combatir las enfermedades morales que afligen á las sociedades minadas todas más ó menos por la plaga de la delincuencia.

Pero el estudio del delincuente es la condición indispensable á todo mejoramiento en la lucha contra el delito, estudio que no debe hacerse en los libros y en los códigos, sino directamente sobre el individuo, en las oficinas de seguridad pública, de instrucción, en los debates procesales, cárceles, manicomios, en la vida libre, con los criterios sugeridos por la antropología y la psicología.



La conveniencia de tales métodos para la constatación del delito, el descubrimiento del culpable, y la mejor organización y mejoramiento de los institutos carcelarios, me será fácil demostrarla en otros estudios consecutivos.

S. OTTOLENGHI.

DE A. HAMON — PARIS

### Como se hace uno socialista

"Il n' est pas en ce monde un motif assez fort pour  
"qu' un savant se contraigne dans l' expression  
"de ce qu' il croit la vérité"

ERNEST RENAN

¿Cómo se hace uno socialista? Este problema es tan interesante para el filósofo y el hombre de ciencia, como para el político que sacaría gran partido de su conocimiento.

En el encéfalo de todos los hombres, existen en estado embrionario las más diversas tendencias. Sometidas á las más variadas circunstancias, unas se desarrollan, mientras otras vejetan, se atrofian. Para estas, las condiciones favorables á su desarrollo, no se han producido.

Sucede con algunas de estas tendencias mentales, lo que con cualesquiera *organismos animales*, se necesitan medios favorables para que estos organismos ó estas tendencias vivan y crezcan. La existencia de ciertos organismos entrañan la muerte y separación total de otros; del mismo modo, ciertos caracteres mentales, por su crecimiento, excluyen á otros y causan su atrofia.

Los organismos evolucionan, se modifican bajo las influencias mesológicas, sucediendo otro tanto con los caracteres psíquicos. Las influencias sociales se unen, ó para ayudar la naturaleza, es decir, para actuar en el sentido de las tendencias dominantes en el individuo, ó bien para reemplazarlas, es decir para actuar en sentido contrario á ellas á fin de atrofiarlas en provecho de otras no menos pronunciadas.

Todos los fenómenos sociales y los individuales, tanto los más aparentes como los más ocultos, concurren á favorecer ciertos caracteres psíquicos hasta detener ó eliminar el desarrollo de otros.

Como lo ha escrito M. Prulhan, poca cosa hubiera bastado, sin duda, á modificar á muchos de nosotros y á impedirnos á todos de ser lo que somos. Por nuestra parte, añadiremos, poco ha bastado para determinar nuestro individuo á ser lo que es. Uno solo de esos múltiples hechos de la vida diaria basta para encaminar nuestro individuo en un sentido determinado, contra todos los otros. El socialista no nace, pero se hace. Para llegar á serlo, la mentalidad sufre cierta evolución que nos proponemos estudiar

El socialista, cualquiera que sea la escuela á que pertenezca, tiene en su cerebralidad un espíritu de rebelión más desarrollado que el resto de los hombres. En la *Psychologie de l' anarchiste-socialiste*, lo hemos demostrado con respecto á una sola categoría de socialistas; la misma demostración podría hacerse con facilidad, con respecto á lo social-demócratas, los socialistas revolucionarios, etc.

Para ser socialista, es pues necesario que se desarrolle esta tendencia á la rebelión que es inherente á todas las mentalidades.

El medio de cultura favorable á aquella tendencia, es el medio social. Generalmente, las educaciones familiares y escolares, que forman parte de aquel medio, tienen por objeto principal abolir esa inclinación; producen amenudo un resultado opuesto, porque los educacionistas, ignorando la psicología proceden con poca intelectualidad.

Es en las condiciones de nuestra vida social, donde debe buscarse el génesis del rebelde y, por consiguiente, del socialista y de sus variantes, social-demócrata, socialista revolucionario, anarquista, etc. N. Jean Grave en *La société mourante et l' Anarchie*, hace con respecto á los anarquistas, observaciones justas que nosotros extendemos á los socialistas: los revolucionarios solo se hacen socialistas, cuando han adquirido la conciencia de un fin perseguido.

Que este fin sea bueno ó malo, poco importa á la psicología, y nosotros escribimos como psicólogos, nó como moralistas.

El revoltoso se hace primero socialista; luego elige una fracción del socialismo, cuando se ha creado personalmente un ideal moral y social, idéntico (al menos en sus líneas generales) ya sea al de los Maras, Liebechnecht Bebels Plekanow, ó bien al de los Kropotkin, Malatesta, Malato, Grave, Reclus, etc., ó cuando conocido ese ideal, lo ha aprobado y adoptado como suyo propio.

Ya se trate de un imbécil ó de un inteligente, loco ó genio, el hombre, sea quien fuere, observa, compara, reflexiona. Todo se limita á una cuestión de grados; esa observación, comparación ó reflexión son comunes ciertamente, y presiden por fuerza á todo estado psíquico, puesto que ellas lo determinan.

Ahora bien, ¿qué fenómenos se prestan más á la observación, comparación y reflexión, que los hechos cotidianos en que somos agentes ó testigos?

Así, pues, lógicamente se deriva de ahí que es necesario buscar en esos mismos fenómenos el génesis del revoltoso.

Y esta rebelión es una reacción contra una acción anterior que ataca directa ó indirectamente al individuo rebelado. Por esta razón, la tendencia á la revuelta es cultivada por la miseria de los unos, la riqueza de los otros, la conducta de los funcionarios policiales, hacendados, militares, magistrados, propietarios, industriales, y en una palabra, por todos los que mandan.

¿Acaso el *Amo* no es el *Enemigo*, como lo hace notar el inmortal La Fontaine?

¿Acaso los actos del *Enemigo*—del *Amo*—no son los que fatalmente impulsan á la rebelión?

Innumerables son las causas sociales que generan y desarrollan el espíritu de rebelión en los predispuestos por herencia.

Jean J. Rousseau, en sus *Confessions*, refiere que habiendo encontrado un aldeano, este le dijo que se veía precisado á esconder el pan y el vino porque «sería hombre perdido, si pudiesen apercibirse de que él no se moría de hambre.» Todo lo que me dijo á este respecto y de lo cual yo no tenía la menor idea, me produjo una impresión que jamás se me ha podido borrar. He ahí el germen de ese odio inextinguible que se desarrolló en mi corazón contra las vejaciones que sufre el desgraciado pueblo, y contra sus expoliadores.»

Ese fué el germen; pero, dice Lichtenbergero, las aventuras personales de Rousseau, lo hicieron desarrollar.

Todas sus *Confessions* así lo demuestran.

No hay, por decirlo así, un solo acontecimiento de la vida social, que no pueda motivar la rebelión entre los individuos así dotados.

Los descamisados sostienen á los millonarios; los hoteles lujosos aumentan los inmundos sota-bancos; los ociosos se pavonean en soberbias carrozas; los trabajadores sudan en insalubres usinas.

Miserables hambrientos se suicidan; las ma-

dres, para evitar la muerte por inanición, matan violentamente á su prole; para escapar á los dolores de la miseria completa, las doncellas se entregan á la prostitución; para poder alimentarse, los indigentes roban.

Algunos hombres de ciencia, el doctor Aubry entre otros, han acusado al *verbo* de engendrar el estado de ánimo «socialista». Ellos han visto en el periódico, el libro, el folleto etc., las causas generadoras de este estado psíquico.

No han tenido tal concepción sino á consecuencia de un análisis incompleto de las causas de la revuelta y del estado de espíritu socialista.

El *verbo* no crea un estado de ánimo socialista. El *verbo* precisa un estado de espíritu preexistente. Da cuerpo á las aspiraciones confusas.

Así como un cristal proyectado en una solución sobresaturada de una misma sal, provoca la inmediata cristalización de la solución salina, así también la idea leída en un libro, en un diario, ó publicación cualquiera, penetrando en un encéfalo donde los pensamientos se agitan confusos, coordina esos conceptos, provoca una cristalización más ó menos rápida de las ideas esparcidas en la masa cerebral. De la observación y la comparación de los fenómenos sociales, resultan sin duda las vibraciones inarmónicas del cerebro, cuyas resultantes son las ideas, confusas siempre y amenudo contradictorias.

Entonces el *verbo* actúa; enseña al ignorante y armoniza esas vibraciones inarmónicas. El individuo que era un rebelde sensitivo, se hace así un rebelde consciente, intelectual.

En general, el hombre procede más por sensación y sentimiento que por raciocinio y reflexión. Así, pues, sufre más la influencia de lo que toca sus sentidos, del fenómeno, que la de lo que toca su inteligencia, del *verbo*. Este no obra para determinar el estado de revuelta, sino cuando relata los fenómenos sociales, los perjuicios directos ó indirectos del individuo. En este caso, él juega el rol del propagandista porque extiende á un mayor número de hombres el conocimiento de los fenómenos sociales.

Aun cuando la prensa, el libro, el folleto, no existieran, no por ello se desarrollaría menos el espíritu de revuelta entre los individuos, merced á los hechos mismos en que el individuo es agente ó testigo visual ó auditivo.

El *verbo*, como relator de los fenómenos, no hace, en suma, más que acortar las distancias. Hace partícipes á unos, de los daños sufridos por



otros más ó menos alejados en el tiempo y en el espacio, y aún para que esta participación tenga lugar, es necesario que el hombre tenga la conciencia del daño.

Para esto es necesario que haya visto sufrir á otros ese daño, que lo haya sufrido por sí mismo, ó que conciba la posibilidad de sufrirlo.

El hombre no podría participar de un dolor del cual no tiene la menor idea.

Se vé pues, que si bien el *verbo* tiene una acción innegable en el génesis del rebelde, esta acción es mínima en relación á la de los fenómenos sociales, que se repiten á diario, que cotidianamente hacen sentir al hombre su malestar ó el de sus semejantes. De ahí resulta una no interrumpida sucesión de esfuerzos tendentes á hacer germinar la semilla del «espíritu de revuelta», á hacerla crecer, á transformarla en un árbol vigoroso.

Producido el rebelde, para determinar el socialista, el *verbo* doctrinario tiene una influencia muy notable.

El hombre, aunque confusamente, se siente desgraciado; siente que él y sus semejantes son perjudiciados sin cesar, pero ignora el por qué, el cómo y el remedio de tales daños. Désele, entonces, conocimiento de un diario, de una revista, de un libro etc., donde estén expuestas las causas y remedios del mal, y los leerá ávidamente; sintiendo la necesidad de ilustrarse más, de leer más para saber.

El rebelde adopta enseguida las doctrinas socialistas, luego distingue las diversas teorías y se hace adepto á una de ellas. Frecuentemente el social-demócrata, el socialista autoritario, estadista, ha sido antes un anarquista-socialista. Hay entre las diversas variedades del socialismo, un cambio permanente de afiliados, por cuya razón es imposible clasificar con precisión á los sectarios de los diversos grupos. *Natura non fecit saltus*: las clasificaciones son el fruto del espíritu humano, pero las realidades objetivas no le corresponden.

¿Cómo toma el hombre conocimiento del *verbo* doctrinal? Por uno de esos innumerables hechos, demasiado mínimos para ser notados, que se conocen con el nombre de «azar»: por un artículo de diario ó una conferencia, por las polémicas que se suscitan en el curso de un período electoral, ó por las conversaciones del taller. Otras veces se ha recibido la impresión de un fenómeno que repercute, tal como los atentados anárquicos; algunos quieren saber la razón de esos hechos.

Como rebeldes, desean conocer las doctrinas en cuyo nombre se ejecutan tales actos; leen, y sufren entonces la influencia del verbo doctrinal. Lejos de atenuar la atracción natural que ejerce el sacrificio de la libertad ó de la vida, por una idea, las penalidades y los castigos lo exacerban entre los rebeldes, poseedores todos ellos de una notable tendencia á la oposición y á la contradicción.

La reacción produce, como consecuencia fatal, otra reacción en sentido contrario. Por esta razón nosotros consideramos con un sentimiento de piedad el vano empeño con que algunos políticos tratan de sofocar los movimientos sociales, mediante coerciones, por grandes que ellas sean.

La violencia de la autoridad, de nada sirve para impedir un movimiento revolucionario, sea cual fuere. La dureza, la crueldad misma de los castigos, como tampoco el descrédito arrojado sobre tales doctrinarios, no hace desaparecer el espíritu de rebeldía ni los rebeldes. Por el contrario, descrédito y castigos exageran de extraña manera esta tendencia á la rebelión. Parece que estos individuos experimentan un verdadero goce en afrontar las penas y el desprecio público; ostentan con orgullo el nombre que, como injuria, les da la opinión pública, tales como los Cristianos, Ugonotes, Reformados, Cuáqueros, Sans Culotte, etc. Parece que un rocío de sangre y de lágrimas llama una rica y amplia abnegación. (1).

La coerción de la autoridad es, pues, una de las principales causas del génesis del socialista.

Para obrar sobre las mentalidades imbuidas en el espíritu de revuelta, la razón aconseja no emplear en manera alguna la violencia ni la coerción; es necesario proceder con dulzura, hacer desaparecer las causas de la rebelión, es decir, las injusticias sociales.

Desencadenándose contra determinadas tendencias, la autoridad las exagera, impulsándolas á los más violentos actos. Lejos de disminuir el número de los rebeldes, solo consigue aumentarlos; los obstáculos que acumula para impedir la expresión del *pensamiento*, no hacen más que activarlo. La propagación de la tendencia á la revuelta y de la doctrina perseguida, crece en vez de disminuir. El hombre se siente

(1) Las persecuciones son, sin embargo, eficaces para los perseguidores, cuando de ellas resulta el exterminio de los perseguidos. En tal caso, el movimiento revolucionario es trabado, detenido... momentáneamente, pues nosotros no creemos que las persecuciones, por más violentas y prolongadas que sean, hayan impedido jamás de una manera definitiva, la propagación de las ideas estimadas justas y buenas.

instintivamente impulsado á hacer lo que se le prohíbe.

La palabra, escribe Rénan, sirve para desahogar el corazón. Obstaculizar esa palabra, es impedir el desahogo y nó suprimir el pensamiento de que aquella es simple expresión. Este raciocinio prueba que uno *se hace* socialista:

1.º Por la multitud de fenómenos sociales que diariamente lesionan al individuo directa ó indirectamente, en sí ó en sus semejantes.

2.º Por el *verbo* que enseña al rebelde el ideal del socialismo.

El método experimental confirma esta teoría. Cuando escribimos nuestra *Psychologie de l'Anarchiste-socialiste*, hicimos por los diarios, por las revistas y por cartas, una investigación sobre esta cuestión:

«¿Por qué y cómo se hace uno anarquista?», lo que implicaba estudiar el génesis de toda la especie, estudiando el de una variedad de los socialistas. Es imposible reproducir aquí las numerosas respuestas recibidas.

Analizando las doscientas contestaciones dadas por Alemanes, Ingleses, Españoles, Franceses, Italianos, Rusos, etc., que se declaran adeptos al socialismo, se constata que todos ellos han sufrido vivamente la influencia de los fenómenos sociales, lesionándoles directa ó indirectamente.

La lesión es personal, directa y entonces ellos notan que en la escuela, en el colegio, en la familia, en el cuartel, han sido lesionados por la misma modalidad y el mismo motivo: la disciplina. O bien es la miseria sufrida, lo que directamente ataca al individuo.

Tenemos aquí, fenómenos sociales (vida de colegio y de universidad, vida militar, miseria, autoridad familiar, patronal, de la policía, la magistratura etc.) obrando directamente sobre los individuos y lesionándoles directamente. (1)

Pero el individuo está dotado de una gran sensibilidad, y á sus propias miserias, une la de sus semejantes. Tiene conocimiento de ellas porque ve á su alrededor, porque oye, porque lee.

Muchos, sin embargo, no se impresionan más que por sus propios padecimientos. Diríase que sus sufrimientos personales, debidos á la organización social, les han hecho impasibles cuando dolores ajenos han excitado su espíritu de revuelta.

Creemos, no obstante, que ésto es sólo en

apariciencia. La excitación del espíritu de revuelta está, sobre todo, en los ataques á la persona.

El hombre tiene una tendencia natural á hacer converger todo hacia sí propio, á considerarse como el centro al rededor del cual gravita todo, seres y objetos.

Esta tendencia ha sido constatada por los filósofos, en todas las épocas. Así, Confucio, Jesús, conociendo la ciencia humana, gracias á su genial intuición, decían:

«Ama á tu prójimo, como á tí mismo», y nó *Amate á ti mismo como á tu prójimo*.

De manera que, si en su exposición de «como se han hecho socialistas», muchos anotan tan sólo las injusticias cometidas con los demás, no es menos cierto que el espíritu de rebeldía se ha desarrollado en ellos por un proceso análogo al que puede constatarse en los que han obedecido á lesiones personales.

El cerebro registra esas mil nada que lesionan al individuo y crece así la congénita tendencia á la rebelión. Pero estos registros sucesivos en tan considerable número, no vuelven ya á la memoria que sólo tiene conciencia de los fenómenos sociales más graves. Así se explica el silencio guardado por algunos con respecto á sus sufrimientos personales.

Gracias, pues, á los fenómenos sociales y hechos cotidianos que hieren al individuo, á sus parientes, amigos y vecinos ó simples prójimos, hechos de que él es víctima ó testigo visual, que él oye referir en las veladas, calles, salones y cafés; gracias á los incidentes diarios que llaman la atención del público y que son relatados por las gacetas, en sus hechos diversos, en sus crónicas de los tribunales, de los parlamentos etc.; gracias á todo eso, decimos, se ha desarrollado en el encéfalo el espíritu de rebelión.

El individuo es un rebelde; siente que es desgraciado; percibe que los detentores de una autoridad cualquiera (maestros, patrones, magistrados, policianos, superiores, etc.) le causan fastidios y perjuicios; estima injusta la organización social, é ignora la causa de esta injusticia. El funcionamiento social le lesiona; quisiera cambiarlo, y no sabe que hacer para éllo; siente el mal y no concibe la causa. Nota los signos aparentes de sus sufrimientos y no ve los hilos que los manejan. El reclamará la destrucción de las máquinas imputándoles su falta de trabajo; gritará contra el gendarme, el verdugo, el oficial, el empleado, el contra-maestre; se levantará contra el agente, no contra su jefe, y

(1) En los procesos y en las biografías de los socialistas se constata siempre este hecho. Así en la biografía de Genliaboff publicada por "L'Humanité Nouvelle", el mismo hecho se constata.



menos aún contra las instituciones que mandan á uno y otro.

No tiene concepción alguna de la sociedad con sus rodajes tan complejas y fatalmente provocadores de los perjuicios que lo sublevan. Recibe la lesión, percibe su autor directo ó inmediato, y no concibe las causas que lo hacen obrar.

En este estado mental, es un terreno completamente preparado, donde germina fácilmente la simiente socialista; basta que esta sea arrojada en él, y entonces, sólo entonces, asistimos á la obra del *verbo*. Su semilla es arrojada en la cerebralidad del rebelde por una de esas múltiples causas ignoradas que nosotros catalogamos: casualidad.

Si se leen las respuestas de las personas que hemos interrogado, se ve bien este proceso: El individuo rebelde oye conversaciones amistosas; asiste á una conferencia ó reunión pública; lee un diario, una publicación, su curiosidad natural está sobreexcitada. No encuentra explicadas allí sus propias quejas?

¿Las críticas que lee, no son las mismas que él hacía?

¿No tenía ya él las ideas emitidas, antes de leerlas?

Sí, pero ellas eran confusas, por que no posee el bello lenguaje, porque su trabajo ha sido manual y no ha podido aprender á expresarse.

Se sorprende agradablemente de ver concretar sus propias ideas, y lee, por consiguiente, con gran interés. Mientras más avanza en sus lecturas, ese interés aumenta, porque encuentra un acuerdo entre lo que piensa y lo que lee. Ha leído ya una obra, ansía leer otras; ha tenido un ejemplar de algún periódico y compra los siguientes.

Después, se siente penetrado por la verdad —ó por lo que él califica de tal— y anhela llegar á su completa posesión para satisfacer su curiosidad; tiene necesidad de conocer.

Imbuído en una idea, todo lo subordina á ella. Los fenómenos sociales de que es agente ó testigo excitan, más que antes, su cerebralidad especial, desarrollando sus características. Todo concurre pues hacia este fin: lecturas numerosas que determinan la conciencia, el conocimiento de la verdad.

Los órganos se desarrollan por su funcionamiento, lo mismo que las características mentales. Mientras más actúa el *verbo*, más funciona el encéfalo y crecen más las tendencias especiales. Y á medida que estas aumentan, crece

el funcionamiento del cerebro con mayor facilidad, haciéndose más apto para asimilar el *verbo*.

Las influencias mesológicas de los fenómenos y del *verbo*, concurren, pues, al mismo resultado: al génesis del socialista.

La lectura de las respuestas antes referidas, demuestra este proceso, tal como lo acabamos de exponer. La tendencia innata á la revuelta, se desarrolla primero bajo la influencia de los fenómenos sociales, interviene enseguida el *verbo* que cristaliza las ideas confusas esparcidas en el encéfalo. A veces, en algunas personas —el menor número— el proceso anterior difiere ligeramente: Conciben, más que reciben, las doctrinas del socialismo.

De la observación de los fenómenos sociales, inducen lógicamente la teoría socialista, en vez de dejarse llevar como los otros, por las mismas condiciones mesológicas á la aprobación y adopción de doctrinas elaboradas ya.

Entre estos dos procesos la diferencia no es grande.

En efecto, entre los primeros, tiene también lugar sin las publicaciones—sin el *verbo*—una concepción confusa mezclada siempre con las doctrinas socialistas. El *verbo* no hace más que precisar, concretar la doctrina, dándole cuerpo.

En los últimos, por otra parte, el *verbo* tiene una influencia mayor que la notada.

Para muchos, en el modo de hacerse socialistas, entra la lectura de pensadores de los siglos anteriores (especialmente del XVI y XVIII) del Evangelio, de los filósofos transformistas, de ciertos romancistas, etc. En una palabra, la instrucción que el hombre que estudia sin cesar, adquiere cada día, actúa sobre el individuo conjuntamente con la observación de los fenómenos sociales.

Su concepción de la doctrina, es, pues, una resultante de esta observación de los hechos y de esta recepción de ideas contenidas en las obras de los pensadores.

En estos dos procesos, tan lógicamente diferenciados, la influencia preponderante pertenece incontestablemente á los fenómenos sociales.

Si hemos de dar crédito á sus confesiones, parece que en algunos, el *verbo* por sí solo ha determinado la adopción de la doctrina socialista. Inconscientemente casi, como lo nota uno de los interrogados, ellos reflexionan sobre lo que han leído; rumian las ideas; las asimilan lentamente al principio, y al crecer la receptividad, la asimilación es más rápida.

Sus ojos caen sobre un periódico doctrinario,

una hoja de propaganda ó un libro de ciencia, y leen.

Poco á poco absorben la idea. Primero dudan y vacilan, pero ayudados por la curiosidad, se procuran otras obras. Lo que antes les parecía falso y fuera de lugar, se depura, parece la verdad; las vendas caen una á una, los ojos se iluminan, la idea resplandece. A los pensamientos que lee, el individuo les busca objeciones; ellas le parecen inaceptables, tanto chocan con lo que más se tiene la habitud de respetar. Pero el razonamiento del autor de la obra las desvanece una por una. Nacen otras objeciones, y el lector curioso interroga otros libros, buscando en ellos las nuevas soluciones, y las encuentra. Reflexiona, rumia las teorías, y tratando de combatiirlas, descubre su exactitud, como lo indica otro de los interrogados; observa los fenómenos sociales, y se apercebe de que ellos confirman la teoría, justa á su entender. Llega por fin un día en que se vé obligado á confesarse socialista.

Esta lenta elaboración del socialista, puede ser consciente, pero amenudo no lo es, no tomando ese carácter, hasta más tarde, cuando el individuo trata de conocer el cómo de su socialismo.

Se notará en esta génesis que una vez que el *verbo* ha entrado en escena, el proceso es el mismo, ya sea que aquel intervenga antes ó después de los fenómenos sociales, ya sea que el individuo elabore él mismo su doctrina ó que la adopte.

Hemos dicho que en un grupo de individuos interrogados, y según sus mismas respuestas, el *verbo* parece haber determinado por sí solo la adopción de la doctrina, el *verbo* parece el único genitor del socialismo, pero esta observación no existe en realidad, pues aún así mismo, el *verbo* solo interviene en segunda línea.

Para que los individuos de este grupo se hayan asimilado así la doctrina, era necesario que estuviesen predisuestos á ella. Su receptividad era grande, y cuando la casualidad les ha hecho conocer la doctrina, ellos la han estudiado, discutido y asimilado, adoptándola por fin. Para preparar su receptividad han intervenido los fenómenos sociales. Sin la conciencia de las facultades perceptivas, los fenómenos han obrado sobre ellos. Del mismo modo que la gota de agua cae lentamente sobre la roca, y la perfora insensiblemente de un día á otro, así también los hechos cotidianos caen sobre el encéfalo é

impregnándolo insensiblemente, lo preparan á la adopción de las doctrinas.

Y amenudo estos hechos son tan insignificantes que en vano el individuo los trata de recordar. Solo á duras penas consigue encontrar la vía que, sin sentirlo, lo ha conducido al socialismo.

Si se recorren las respuestas que figuran en nuestra citada obra, se notará que los actos ruídosos, tales como los atentados violentos y sus procesos, llaman la atención é invitan á conocer las doctrinas á que responden.

Los espíritus más timoratos, los menos luchadores se ven obligados á constatar una diferenciación entre esa clase de criminales y la de los delincuentes vulgares. Se desea conocer sus defensas y saber las teorías por las cuales han muerto obstinados. El misterio con que se ha rodeado el proceso y la ejecución, ha sobreexitado la curiosidad, exacerbado el espíritu de revuelta, y, preparado el terreno maravillosamente, en consecuencia, para la adopción de las doctrinas.

De manera, entónces, que en la genealogía del socialista, los actos de violencia juegan un rol que no debe, sin embargo, exagerarse. Es tan solo el toque de silbato, el golpe de tambor que invita á la atención.

Desde luego, el acto de violencia se aleja, más bien que se acerca, pero, á consecuencia de los estudios que él ha provocado, y también de la reacción de los gobiernos que en materia de violencias suelen ir más lejos que los mismos rebeldes, la repulsión primitiva cambia de sentido y, como se diría en matemáticas, se transforma en atracción.

Los adeptos que los atentados han reclutado al socialismo, lo habrían sido sin duda, aún sin esos atentados. No es difícil, sin embargo, que si el fenómeno provocador, incitante, no hubiera tenido lugar, aquellos hubiesen permanecido como simples rebeldes, seres de sensación y no de raciocinio.

Como todos los individuos, el socialista es una resultante de múltiples causas.

Se ha hecho socialista, porque existiendo en él la predisposición congénita, todos los fenómenos sociales han obrado sobre su cerebrialidad, han desarrollado su espíritu de rebelión, su amor á la libertad, al yo, el amor del prójimo, su sentimiento de justicia, su sentido de la lógica, su curiosidad de conocer, su celo sectario.

No solo han obrado los fenómenos sociales, sino también el *verbo* que ha precisado las ideas



vagas engendradas por la reflexión sobre esos mismos fenómenos y por su comparación. El *verbo* ha concretado, precipitado, en una masa distinta, determinada, las ideas esparcidas en la mentalidad: ha dado, en fin, la conciencia al rebelde.

No solo *fenómenos sociales y verbo* —este último entra á su vez en la categoría de aquellos— han ejercido influencia en el individuo, sino también las presiones cósmicas, telúricas, la alimentación, etc. etc.

Por otra parte, la predisposición congénita es también en sí misma una resultante cuyos componentes son la herencia de cada uno de los progenitores. La herencia es, además, modificada por los ambientes climatéricos, telúricos, familiares, educacionales, sociales, profesionales, de los antepasados.

De todo esto resulta que el socialista es el producto necesario de causas múltiples: *herencia* (resultante de las condiciones meteológicas de la vida física, social, intelectual, moral, de los genitores y de toda la serie de los antepasados) *clima, topografía, geología, alimentación, habitación, vestido, instrucción, educación física y moral, familia, profesión, sociedad*.

Muchos de los interrogados, hacen notar en sus respuestas la influencia de su herencia.

Una investigación á este respecto, probaría que todos los socialistas han sufrido la influencia hereditaria, descendiendo, á su vez, de rebeldes bajo una ú otra forma.

El socialista es un producto del medio interno y de los ambientes externos. El es—*dadas todas las condiciones*—determinado tal y no podría ser de otro modo.

Entre estas condiciones, las más activas son las condiciones sociales, los fenómenos sociales que lesionan al individuo. El *verbo* no interviene sino después que el terreno ha sido preparado por los sufrimientos cotidianos provocados por el estado social soportado por el individuo.

A. HAMON.

## Estudios Carcelarios

### Una visita á la Penitenciaría de Sierra Chica

(Conclusión)

III

#### LOS PENADOS

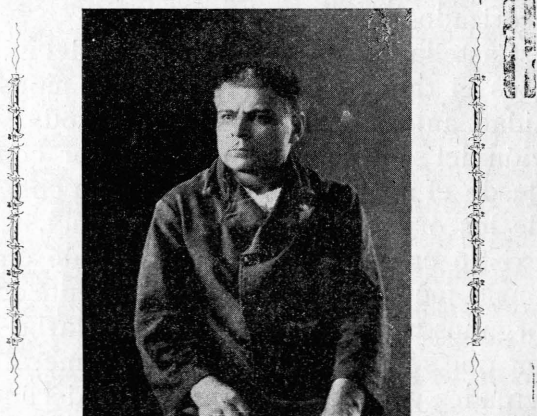
Un día, mientras interrogábamos á un grupo de reclusos que volvían del trabajo, oyéronse fuertes gritos que salían de una celda cerrada. Era el número 12, condenado á presidio indeterminado por envenenamiento y que, según decía el Director presenta desde hace algún tiempo, síntomas de enajenación mental.

Cuando se abre la puerta de su celda, avanza trémulo hacia nosotros, rogándonos le salvemos de su suplicio.

Afirma que lo están martirizando por sofocarlo con olores insoportables, desde la ventana y la puerta, y sus labios tiemblan contraídos en una expresión de profundo disgusto.

El terror de esta extraña sensación de náusea, se refleja en el rostro, despertando un sentimiento de piedad.

Este eclipse de la razón en aquel organismo de suyo debilitado, nos produce melancolía, pareciéndonos que los demás desgraciados á quienes examinamos son casi felices, en comparación de esta última miseria.



El Núm. 91

Una de las naturalezas más monstruosas, moralmente, de la Penitenciaría, es sin duda alguna, el número 91 cuya fotografía tomamos y que ha sido recordado ya en una brillante publicación hecha hace algunos años por Alberto Ghirardo en «*La Nación*»,

y recopilada después en un folleto bajo el título sugestivo de «Sangre y Oro».

El núm. 91 ha descendido por la escala de bajeza y de la perversidad, todos los grados del delito, desde el hurto hasta el salteamiento y el asesinato demostrando en sus múltiples delitos la precocidad resalante que caracteriza á los monstruos morales.

Era apenas un niño cuando cometió los primeros actos de ferocidad; tenía quince años de edad cuando participó en el horrible asesinato que determinó la condena por tiempo indeterminado que hoy expía.

El hecho nos fué referido en sus más mínimos detalles por uno de sus cómplices, el núm. 90 de quien hablamos más adelante.

Gregorio Maldonado, tío del actual núm. 91, fué quien organizó el delito en compañía de algunos otros.

Telmo *el invencible*, el famoso bandido de la época de Rozas, fué el capitán de la banda. Llegaron de noche á la casa de un vasco en Balcarce, donde el muchacho había podido constatar en un espiaje hipócrita de *bombero*, que había un *buen golpe á dar*.

En un instante, el pobre vasco, su mujer y sus tiernos hijos fueron sujetados por los bandidos y puestos en la imposibilidad de reaccionar. La casa fué desvalijada, y al salir, el pequeño bandido quiso demostrarse más sanguinario que sus propios maestros matando á cuchilladas al desgraciado padre, en presencia de sus hijos que gritaban horrorizados.

Castellanos—tal fué el nombre del núm. 91—es el tipo perfecto de aquella monstruosidad antropológica en la que toda vibración del sentido moral, ó faltó por complejo desde el nacimiento por la atrofia congénita de los órganos aptos para producirla, ó si existió en mínima parte, en estado embrionario, fué luego destruida totalmente con sus órganos rudimentarios por la malaria social en que se desarrollaron sus primeras actividades y por el contagio moral del ambiente en que vivió desde sus primeros años.

Pero por más grande que pueda ser, aún en el caso de este desgraciado, la influencia del factor social, el exámen somático del condenado en relación con las circunstancias peculiares de su último delito, confirma una vez más las conclusiones de la antropología criminal que exige un estudio

fisio-psíquico complejo y esmerado, del delincuente, para que pueda establecerse en su entidad positiva, el factor individual del delito.

Ante un caso semejante de patología moral, quedarían igualmente confundidos, tanto el jurista clásico que hablase del *libre albedrío*, contra el uso delictuoso, en el cual la sociedad debe intervenir *para restablecer el equilibrio jurídico turbado*, como el sociólogo unilateral ó exclusivista que pretendiese explicar esta atrofia de los sentimientos más elementales de la piedad, por la sola influencia del ambiente social.

Es el caso, de plantear aún ante la faz de la antropología criminal, este problema: ¿hasta qué punto el ambiente social con sus iniquidades fisiológicas y morales, puede haber determinado la degeneración de este organismo, desde que fluctuaba en la misteriosa é inconsciente materia genital de sus padres, y de los padres de sus padres?

De este modo vendría á confirmarse lo que los sociólogos de la escuela de criminalología positiva vienen diciendo desde hace años en todos los congresos de antropología, sobre la influencia directa é indirecta del factor social sobre los individuales fisio-psíquicos; y sobre todo en las formas de patología, desde la común hasta la criminal.

Pero en el estado actual de la ciencia, está ya establecido el hecho de que así como ciertos individuos llevan, desde su nacimiento, la predisposición orgánico ó hereditaria á la tuberculosis ó la locura, que á la mínima presión ó estímulo del ambiente externo, se manifiestan de improviso, así algunos otros traen desde el alveo materno tal insuficiencia de los centros inhibitorios, que á la menor provocación de las cosas ó de las personas con las cuales se encuentran en contacto—y á veces aún sin causa externa alguna—roban, estupran, matan.

El número 91 de Sierra Chica, es un espantoso ejemplar de esta progenie á que la naturaleza en sus reversiones inexplicables de vida y de muerte, dotó con una invencible sed de agena sangre.

De toda la banda que cometió los asaltos, él, el *piccinotto di sgarro* (como lo llamaría la *mafia siciliana*) habría podido



hacer de maestro para sus compañeros empedernidos por el delito, porque en él, el instinto suplía la práctica. Y mientras los demás eran delincuentes de oficio, él lo era de nacimiento. Los otros no sabían más que robar; él debía demostrarles que también sabía asesinar, así, por el simple prurito de hacer algo, al partir, puesto que el sentido moral de estas naturalezas brutales, no solo está atrofiado sino invertido. Entre los otros criminales se disputan un primado de salvajismo, y—lo que es más bajo é infame—ellos lo reputan como título de honor.

Una prueba de esta completa ausencia de pudor, es la vileza encarnizada con que el num. 91 acusa á todos los compañeros, no por el remordimiento del delito cometido, sino por el puro egoísmo de mejorar sus condiciones de condenado, á costa de sus cómplices.

Yo lo estaba observando mientras él hablaba con la voz medrosa del niño que acusa á los hermanos mayores, del hecho cometido.

Pero sus ojos, que evitaban los míos y que me penetraban casi á traición como hoja de puñal, cuando fingía no mirarlo, traicionaban la mansedumbre de su voz; y sus palabras estúpidas y cobardes con que pretendía hacernos creer que había dado muerte al padre para que los niños se salvaran del salvajismo de sus compañeros, hacían más siniestra aún la tiniebla moral que arrojaba el abismo de aquella alma.

Aún fingiendo el amor, las líneas durísimas de su fisonomía asumían un aspecto todavía más feroz: las enormes mandíbulas tenían el aspecto de las bestias carnívoras; los zígomas prominentes, las orejas asimétricas y en forma de asa, los arcos supraciliares pronunciadísimos, resumían en la forma más acentuada, todos los caracteres degenerativos.

La coincidencia de una monstruosa acrocefalia común al n.º 91 y á los condenados 167 y 171 de que hablaré más adelante, unida á esta última de una exagerada acentuación de los arcos supraciliares, me decide á clasificar estos tres criminales en la misma familia antropológica.

El n.º 90, argentino, condenado también á tiempo indeterminado por complicidad en el asesinato premencionado, presenta, á

primera vista, caracteres diferenciales marcadísimos, del tipo antes descrito y de sus hermanos antropológicos de quienes me ocuparé más abajo; pertenece evidentemente á la clase de los delincuentes por hábito adquirido.

Hijo de un alcoholista que fué muerto en flagrante delito de robo, por un agente de policía, pasó su juventud en compañía de delincuentes profesionales, adiestrándose en el alto bandolerismo de la Pampa, en la escuela de Telmo *el Invencible*, con quien ejecutó el último delito de su ascendente carrera de perversión.

Castellanos, el n.º 91, delincuente orgánico congénito, había empezado por donde aquél, *parvenu* del delito, había concluído.

El exámen somático del n.º 90 confirma antropológicamente, las inducciones psicológicas sobre su ser.

Una gallardía imponente de todo su hercúleo cuerpo; una regularidad estética de las formas, desde las de la cara bronceada y fiera sin ser feroz, hasta las de los miembros; una conciencia relativa de haber ejecutado el mal, más que por necesidad psicológica (como el n.º 91) por manía de imitación del mundo criminal en que nació y vivió,—todo esto, y más que todo, el nuevo sentimiento surgido en él por el hábito actualmente adquirido (en el lugar de la pena) del trabajo regenerador, demuestran en este condenado una naturaleza desviada por el medio ambiente, más que por vicios orgánicos originarios.

Una nota peculiar de la vida carcelaria de este detenido que lleva como estigma los bigotes afeitados (sanción reglamentaria para los reos que observan mala conducta) ha sido su íntima amistad con Castro Rodríguez el célebre sacerdote asesino que lo había sugestionado, hasta el punto de servirse de él como de un dócil porta-voz de sus catilinarias tan furibundas como falsas contra la actual Dirección de la Penitenciaría.

Un tipo antropológico opuesto á este último, es el n.º 86, condenado por tiempo indeterminado, y de 66 años de edad.

Es de estatura mediana, color aceitunado, ojos tiernos casi siempre bajados y en los que no brilla un solo rayo de inteligencia. Presenta una extraña anomalía en la línea de la boca y la nariz bastante torcida

hacia la izquierda, que dan al conjunto de su fisonomía una dolorosa expresión de espanto y resignación. Se defiende de una manera tan estúpida que descubre la inmensa tiniebla intelectual y moral de su psiquis.

Y esto, después de haber confesado plenamente al Juez, bajo la acusación de su propia mujer, los numerosos delitos cometidos.

Es una víctima cruel de la naturaleza y del ambiente.

Estrechado por la miseria, allí en un ángulo solitario de la Pampa donde trabajaba en el campo y en el telar, á cada hijo que le nacía, la atrofia absoluta del sentimiento de paternidad, le hacía parecer que el mejor modo de resolver el problema de la existencia, era asesinarlos al nacer y enterrarlos junto con los cachorros de la perra de la chacra, en un pozo del huerto.

Tantas fueron las pequeñas víctimas, que su número exacto no pudo establecerse ni aún después de la confesión del reo.

Se consiguió comprobar, sin embargo, que una hija del viejo desnaturalizado escapada no se sabe cómo á la hecatombe, tuvo á su vez un hijo ilegítimo que se sospecha ser el fruto de un incesto y que el infanticida lo ahogó enterrándolo junto á los otros.

Esta monstruosa necesidad fisiológica de procrear y matar anualmente los propios hijos, con una regularidad aterradora, se había hecho para este hombre una tarea insignificante que ejecutaba con la naturalidad con que se mata un cordero en ciertas solemnidades campestres.

Sería difícil establecer hasta qué punto el ambiente semi-salvaje en que se ha desarrollado la ruda vida de este infanticida, conjuntamente con las atroces necesidades económicas, pueden haber entrado como elementos disolventes en la profunda degeneración fisio-psíquica del agente.

Pero si millares de padres luchan heroicamente con dificultades espantosas, por la vida de sus hijos, es necesaria una inversión completa y congénita de los sentimientos naturales para que pueda hollarse de tal modo y metódicamente el sublime instinto de la paternidad que ennoblece la vida hasta en los animales inferiores.

Al contemplar con un sentimiento de profunda conmiseración este semblante bron-

ceado en que ninguna afectividad movilizaba los nervios ni los músculos, escrutaba en el fondo de sus ojos apagados, el misterio de este abismo, del cual—después del abrazo bestial que procreaba inconscientemente—no salía más que un horrible frenesí de dar rápida muerte á quienes acababa de dar vida.

Expliquen, si son capaces, los profesores del libre albedrío, estos frecuentes casos de completa patología moral.



El n.º 171 condenado, así mismo, por tiempo indeterminado, pertenece á la misma y monstruosa familia criminal en que hemos clasificado al n.º 91 y en la que puede colocarse también al n.º 167, que luego examinaré.

Aun antes de las investigaciones psicológicas, me había impresionado en los tres, la común acrocefalia marcadísima y el resaltante parentesco anatómico de los supraciliares, como también la frente fugitiva y lateralmente deprimida en siniestro contraste con las enormes mandíbulas.

El exámen psíquico no hizo más que confirmar las impresiones somáticas. La completa atrofia del sentido moral se revela á las primeras palabras del delincuente, que se complace en la narración suscita de su delito: Tenía una amante en la que había tenido una graciosa niña, entonces de tres años de edad. Un día en que le tomó fastidio, decidió matarla. Penetró en la pieza de la desgraciada mujer y la acribilló á puñaladas hasta asegurarse bien de su muerte.

Enseguida, y *para quedarse completamente libre*, tomó á la niña que lloraba desesperadamente y la mató también *á rebencazos*.



Por más que traté de sondear en las profundidades de esta psiquis espantosa, no conseguí sacar de ella el más mínimo eco de remordimiento ó asomo de lamento. Respondía con seca indiferencia en el acento y en la expresión, como si narrase la cosa más natural del mundo. No existían, ni buscaba, atenuantes de su delito.

Considerando el hecho en su abstracción jurídica, dejando aparte á la hija que agrava el balance criminoso del agente, podría semejarse este delito á otros muchos en que el hombre mata á la mujer ó á la amante, ya sea por celos, por venganza, ó por aquella tendencia de hollar que á veces hace del macho un tirano más que el compañero y defensor de la mujer.

Pero psico'ógicamente, es decir, en su valor moral y sociológico, y jurídico, por consiguiente, en el sentido positivista, qué profundas y sustanciales diferencias separan á cada caso especial, en todos estos delitos que con tanta lijereza se clasifican en conjunto entre los cometidos por ímpetu de pasión!

Qué hay de común—antropológicamente y aparte de las diferencias sociales—entre el tipo clásico del delincuente pasional que Shakespeare (con la intuición genial de las inducciones, entonces desconocidas, de la moderna antropología criminal) creó en Otelo—y este amante monstruoso que mata por matar, *porque así se le ocurre*; y que una vez extinta su desgraciada compañera, no se cree suficientemente libre si no ha asesinado también á la criatura inocente, nacida de sus tristes amores.

Nacen ciertos séres con una predisposición orgánica á la vileza y al salvajismo que parecen inconcebibles para los más; así como otros salen del seno materno con una tendencia á las enfermedades físicas que serán luego la destrucción de su organismo.

Indudablemente una gran parte de estas enfermedades morales, como la mayoría de las físicas, no conducirían á los desgraciados predispuestos á ellas, á la catástrofe final, ya se trate de la muerte civil ó de la fisiológica, si no encontrasen en el ambiente social, nuevos elementos de disolución.

Los delitos son, las más de las veces, consecuencia de una falta de profilaxis social, como las enfermedades son el resultado de una imprevisión colectiva ó individual de las reglas de la higiene.

En los delitos del macho contra la hembra que son mucho más numerosos que los contrarios, la influencia del ambiente social es más preponderante.

Quizá más que los factores de naturaleza etnológica, son decisivas en estos delitos, las causales que derivan de las costumbres, de la educación, de los principios morales imperantes en las relaciones entre los dos sexos.

La condición jurídica y social de la mujer, frente al hombre, tiene una grandísima importancia en la delincuencia intersexual.

En un estudio estadístico publicado por mí hace ya algunos años en una revista norte-americana, pude llegar á establecer, con la serenidad de las cifras, que el macho delinque mucho menos contra el otro sexo, en Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, donde la mujer es admitida á un goce más amplio de los derechos y de las actividades de la vida social, que en los países de raza latina, donde la tradición gloriosamente feroz del derecho romano extiende aún las grandes alas de la violencia en las leyes y en las costumbres, y donde la hipocresía hierática de la Roma papal, colocando la altísima función sexual que es el sello de la inmortalidad de la especie, en la categoría de los pecados mortales, y á la hembra, entre las tentaciones del demonio, hace de la mujer una bagatela jurídica en la vida colectiva y una esclava tolerada en los goces de la vida intersexual.

La inmunda clase de lo *souteneurs*, que la jerga de la delincuencia local denomina *canfinfles* y de que el penado n.º 171 de Sierra Chica es una variedad campestre, en ninguna parte florece tanto como al sol de la civilización latina.

Esta constatación será dolorosa para nuestro orgullo de raza, pero no por esto es menos evidente para la ciencia y la verdad. Y hacer el diagnóstico del mal es curarlo á medias.

En París, Bruselas, Madrid, Nápoles, Buenos Aires, y en todas las grandes aglomeraciones latinas, es desproporcionalmente superior á las metrópolis de raza anglosajona, este usufructo inmoral del hombre sobre la mujer, que empieza siempre con los castigos y acaba á veces con los asesinatos.

Un indicio legal que reverbera, en lo que se refiere á la República Argentina, de esta

violencia organizada por el macho contra la mujer (como si uno y otra no fuesen partes integrantes é integradas, de la humanidad) se encuentra en el Código Penal del país, que implícitamente proclama en el marido el derecho de matar á la mujer adúltera sorprendida *in fraganti*.

Y aquí, el legislador que ciertamente no ignoraba el derecho canónico, ha olvidado completamente la palabra de Cristo.

Los legisladores ingleses, norte-americanos y alemanes, más prácticos, más modernos, y hasta más cristianos que los Otelos latinos, ponen como sustitutivo moral del uxoricidio, el divorcio.

Todos estos indicios de índole sociológica y legislativa que aquí apenas esbozo, bastan para explicar la alarmante proporción de los matadores de mujeres que he encontrado entre los reclusos de las cárceles argentinas, en relación á las de otros países.

El n.º 218, argentino, pertenece á esa clase de criminales peculiar en este país y que vulgarmente se conoce con la denominación de *gauchos malos*.

Es esta la categoría más numerosa de delincuentes que he encontrado en las cárceles de las provincias.

Antropológicamente no difiere mucho del *gaucho* normal este fiero y simpático bejuino de la Pampa.

Lleva el rasgo de audacia que caracteriza á todos los hijos del desierto y en el fondo de sus ojos misteriosos habla la infinita melancolía de las llanuras sin límites.

Las degeneraciones orgánicas del *gaucho malo* no son tan profundas como para constituir una especie en la especie. La mayor parte de éstos está formada por delincuentes de hábito adquirido; muchos de ocasión, y algunos por pasión.

A diferencia de los *cuatrerros*, que forman el verdadero bandolerismo propiamente dicho, sud-americano, los *gauchos malos* no deben á la naturaleza más que algunas predisposiciones aguzadas después por el ambiente, y el delito no es en ellos más que un producto mixto de su organismo y del ambiente.

El alcoholismo es la maldición del *gaucho*, ya sea honesto ó criminal. El completa la última destrucción moral que la naturaleza, frecuentemente madrastra, había legado en embrión á ciertos organismos.

Cuando han bebido, todos los *gauchos* son *malos*. He tenido ocasión de ver en la campaña del Sud, á algunos de ellos dulcísimos de carácter, hacerse de repente bestiales y feroces, bajo el influjo de los licores bebidos.

Sobre los organismos sanos, una vez apagada la llama alcohólica que abrasa la sangre, no queda más que el enervamiento físico.

Pero en las naturalezas originariamente degeneradas, la intoxicación alcohólica deja lesiones profundas—la fiera se convierte en salvajismo.

El proceso de envolvimiento, en un sentido atávico, de los caracteres fisio-psíquicos, en el *gaucho*, ya detenido en su desarrollo por el ambiente, recibe de la degeneración alcohólica una fuerte impulsión hacia atrás, y de la crisálida del *gaucho*, independiente pero honesto, sale el organismo pervertido del *gaucho malo*.

El *gaucho* que lleva hoy el número 218 en Sierra Chica, es una reconstrucción típica de la clase; tiene treinta años y está condenado á presidio por tiempo indeterminado por salteamientos y asesinato. Hijo de padre alcoholista y de madre alcoholista también y fumadora, sintió desde muy joven una pasión por el vagabundaje aventurero.

Después de haber trabajado poco tiempo en las canteras de piedra del Tandil, se adiestró en el hurto de la campaña y de la calle, ejecutando su suicidio moral con el abuso de los alcoholes; á los veinte años fué condenado á una pena grave, con un activo de varios delitos de sangre y de rapiña.



El tercero de los criminales acrocéfalos premencionados y que más me impresionó en Sierra Chica por la perfecta correspon-



dencia de los caracteres somáticos con los psíquicos, es Gregorio Magallanes, el n.º 167, argentino, condenado también por tiempo indeterminado, por varios asesinatos, el primero de los cuales que me fué narrado por él con los más espantosos detalles y con toda indiferencia, es el mejor documento de psicología criminal que puedo presentar, de este recluso.

Era aún casi un niño, cuando un día, atravesando la Pampa á caballo, pasó por un rancho en cuya puerta hallábase una pobre vieja con una niña de cinco años á quienes pidió le dieran de beber, y habiéndole contestado la anciana que ella no tenía fuerza para tirar agua del pozo y que tuviese la bondad de sacarla él mismo, Magallanes descendió del caballo y sin decir palabra, masacró á la anciana, á puñaladas. Viendo luego á la niña que lloraba, la sujetó arrastrándola hasta la cama, cortándola en pedazos. Después, como si hubiese ejecutado el acto más natural, volvió á montar á caballo y se perdió en la campaña.

Al hacer la narración del hecho, vagaba entre sus labios una sonrisa idiota de ferocidad que causaba repugnancia. Y mientras hablaba, agitaba sus monstruosas mandíbulas simianas, dejando escapar de la boca entre una y otra palabra, como pequeños rugidos sofocados. Las manos anchísimas ceñidas en las muñecas, con una cadena, porque esa mañana había tenido uno de sus accesos de furia sanguinaria, temblaban á intervalos como garras de animal de presa.

Me hacía pensar en la *Bête humaine*, la artística al par que científica creación de Zola, y en las geniales investigaciones de Lombroso, sobre la locura moral de que este n.º 167 es un documento vivo y terriblemente elocuente.

\*  
\* \*

Con este fragmento de psicología criminal y carcelaria, cierro la serie de las notas tomadas en mi visita á la Penitenciaría de Sierra Chica. No son más que apuntes de impresiones y observaciones recogidas sobre el terreno, con un solo sentimiento: el de contribuir—aunque en mínima parte—al trabajo de las mentes laboriosas en el estudio de la delincuencia, vulgarizando

así, su moderna dirección bio-sociológica, como una necesidad de la prevención contra el delito.

A estos estudios carcelarios, seguirán algunos otros á medida que prosiga mi investigación sobre las casas de penas y mis observaciones objetivas sobre el mundo criminal argentino.

Sierra Chica no ha sido, pues, más que la primera etapa.

PEDRO GORI.

---

## El juicio por Jurados<sup>(1)</sup>

---

### Su implantación en la República Argentina

Cuando anuncié un periódico de la tarde, *El Diario*, que el Ministro de Justicia no se proponía establecer el Juicio por Jurados, nos pareció mal informado y nos resistimos á dar crédito á la noticia. No es posible, nos imaginábamos, no es posible que el actual gobierno renuncie á la doble gloria de cumplir la Constitución en un punto por tanto tiempo descuidado, y de dotar de una grande institución á la República.

*El Diario* sin embargo estaba en lo cierto. En el mensaje pasado al Congreso con motivo de las reformas judiciales, hemos visto con sorpresa que así se dice; y nuestra sorpresa ha llegado al colmo, cuando hemos leído las siguientes líneas en que trata de explicar sus ideas y su actitud. «Es por eso que la constitución parece haber querido librar la oportunidad de su establecimiento (del jurado) al criterio ponderado del H. Congreso, cuando expresa que los juicios criminales se terminarán por jurados, *luego que se establezca en la República dicha institución*». Es decir que adopta la interpretación del art. 102 de la Constitución, imaginada ó inventada por los adversarios de la institución.

Creíamos haber demostrado hasta la evidencia que al formularse esa cláusula final del artículo, solo se había tenido en vista que para la sanción y promulgación de la ley que organizara el jurado, era indispensable que transcurriese algún tiempo. Así lo ha entendido con nosotros gran número de personas competentes. Y así lo ha demostrado *La Prensa*, con más claridad que nosotros. Si se ponen ambas interpretaciones frente

(1) V, entregas 1, 5, 6 y 7.

á frente, no dudamos que una simple inspección bastará para hacer resaltar lo violento y artificial de una de ellas.

Dice la nuestra: Se establecerá el juicio por jurados (art. 24). El Congreso dictará las leyes que, para ello, sean necesarias (art. 67, inciso 11). *Luego que esas leyes estén dictadas*, los juicios criminales se terminarán por jurados (art. 102).

Dice la otra: Se establecerá el juicio por jurados. El Congreso dictará las leyes que sean necesarias. *Cuando el Congreso lo crea oportuno*, los juicios criminales se terminarán por jurados.

Podría librarse esta cuestión al fallo de un Jurado ó Tribunal de hombres competentes, en la seguridad de que éste último sistema no tendría en su favor ni un solo voto.

«Si el precepto hubiese sido *perentoriamente obligatorio*, dice el mensaje, á buen seguro que nuestra ley fundamental no hubiese agregado la cláusula final, porque en tal supuesto, hubiese sido *manifiestamente supérflua*.»

El precepto es obligatorio como todo precepto constitucional, y de ninguna manera puede decirse que sea supérfluo. Él tiene un alcance fácilmente perceptible y explicable: fijar con toda claridad el momento en que la disposición del artículo debiera surtir sus efectos. Uno de éstos es hacer cesar la jurisdicción de los jueces ordinarios del Crimen. Esto no podría ser inmediatamente después de promulgada y jurada la Constitución, aunque rigiera en todo lo demás, porque faltaría la ley que organizase el Jurado, y ésta no podía improvisarse. ¿Desde cuándo entonces? La cláusula en cuestión lo dice. Desde que *la institución quedase establecida*, organizada ya y pudiendo funcionar.

Manifiestamente supérflua y no solo eso, sino también manifiestamente absurda sería si se admitiese la otra interpretación. Supérflua porque no debiendo el Congreso establecer la institución sinó cuando lo juzgase oportuno, bastaría el poder de dictar leyes en general, y la disposición del art. 67, inc. 11. Absurda, porque desvirtuaría absolutamente el art. 24, y en vez de ser la Constitución la que dictase reglas y preceptos á que deban sujetarse las legislaturas ordinarias, quedaría ella á merced de lo que el Congreso creyese conveniente y oportuno.

A más de ésto, que es decisivo, en el mensaje se ha olvidado que la cuestión de oportunidad fué decidida ya por el Congreso mismo, pues no otra cosa importa la ley de Octubre de 1871. Es ésta:

«El P. E. nombrará una comisión de dos personas idóneas, que proyecten la ley de organización del Jurado y la de enjuiciamiento en las causas criminales ordinarias de jurisdicción federal, etc., etc. (Firmado: Adolfo Alsina—Mariano Acosta. Octubre 6 de 1871. Téngase por ley, etc., etc.—Sarmiento—N. Avellaneda).»

Se querrá decir ahora que ha dejado de ser oportuno lo que lo era y se mandó hacer ahora treinta años?

Lo que precede contribuye sin duda ninguna á allanar el terreno y á disipar cualquier duda ó vacilación que pueda embargar el ánimo del P. E. No solo es en nuestros primeros ensayos constitucionales en los que el establecimiento del juicio por jurados aparece como precepto. Es también en la constitución de Mayo, en todas las asambleas posteriores, en que han figurado nuestros más eminentes hombres de estado, y es también en una ley del Congreso, nunca abrogada de una manera explícita.

El mensaje termina recordando que: «al régimen de nuestras instituciones falta el complemento democrático del Jurado.» Dice que no es lícito olvidarlo y que en tal concepto, reconoce el deber de estudiar preferentemente la cuestión, inclinándose desde luego á pensar que el tribunal popular podría ser instituído limitadamente por vía de ensayo. Por eso dice, se ocupa en los presentes momentos del asunto, en la esperanza de arribar á conclusiones acordes con los propósitos de nuestra constitución.»

No está, pues, perdida toda esperanza. Un ensayo es todo lo que se desea y se pide. Pero un ensayo discretamente hecho, capaz de suministrar lecciones satisfactorias.

El periódico mencionado al principio se expresa en éstos términos: «Lo que el Ministro proyecta, á título de ensayo, es instituir el Jurado para abusos y delitos de imprenta, etc. . . Otra aplicación ha dado el Ministro Magnasco al sistema del juicio por jurados, y es la de aplicarlo al enjuiciamiento de los Magistrados, etc.»

Esto no llenaría absolutamente el objeto. La prensa en la actualidad no incurre sino por una rara excepción, en faltas que motiven una acusación. Pasaría por consiguiente largo tiempo antes que pudiera hacerse una experiencia provechosa. Otro tanto puede decirse, y con mayor razón, de los juicios contra magistrados. El experimento para dar resultados decisivos y concluyentes, debe recaer sobre los delitos más frecuentes y que más directa y gravemente ofendan á la sociedad en general: sobre homicidios, sobre robos, sobre



lo altamente criminal de que habla el art. 102.

Es exacto decir que tratándose del Jurado, debe fiarse poco en los resultados de la experiencia extraña. Pero cuando se trata de la capacidad de un pueblo para adoptar esa institución, es muy conducente y razonable observar lo que ha pasado en otras partes y sobre todo en países de igual ó inferior estado social. Si se objeta que en otras partes ha producido el Jurado desastrosos resultados; si se dice que es necesario mayor grado de civilización que la nuestra, por qué no se han de tener presentes los beneficios que ha producido aún en países menos cultos y civilizados que el nuestro?

A los ejemplos de esta última clase que hemos aducido, vamos á agregar uno conocido ya entre nosotros, pero cuya reproducción nos parece oportuna y conveniente. Es lo ocurrido en la posesión inglesa de Ceylan, cuando se trató de establecer en ella la institución y en los resultados que produjo, según lo refiere el codificador de Luisiana, Ed. Livigston.

La población de la isla, dice, se componía de Hindús, Mahometanos y de la posteridad de los emigrados de Siam y de otras partes del Continente Oriental é islas adyacentes. Estuvo sucesivamente bajo la dominación de los Portugueses, de los Holandeses y de los Ingleses que á la mezcla heterogénea de los habitantes, añadieron la raza nacida de su comercio con las mujeres nativas del país. Siendo primer magistrado de la isla Sir Alejandro Johnson, éste como medida de buen gobierno, obtuvo la autorización necesaria para establecer el juicio por jurados. Así lo hizo, y véase como refiere éste los resultados obtenidos, en un oficio ó informe, de que solo tomaremos algunos periodos.

«Las censuras que hacían al antiguo sistema de administración judicial consistían en que era *lenta, costosa é impopular*.» Se cometían abusos y vicios de todo género; y juzgando que la institución del juicio por jurados sería un remedio eficaz, pidió la autorización que se ha dicho antes, para establecerlo, y habiéndolo establecido dice: «todos los nativos que asisten á los tribunales como jurados, adquieren tales luces, que el Congreso ha encontrado entre los jurados, tanto mestizos como nativos, los magistrados más competentes y respetables del país,» y uno de sus sucesores atribuye la notable disminución de los crímenes, principalmente y sobre todo á la introducción del juicio por jurados.»

El sabio codificador llama la atención sobre estos sorprendentes resultados, haciéndolos valer

en apoyo de sus planes de reforma, y dice luego: «que lean ésta narración los que duden de la utilidad práctica de esta institución, los que piensan que *solo conviene á las naciones más civilizadas y más ilustradas*, los que no aprecien su poder de propagar las luces, de levantar el carácter personal y nacional. . . , que lean todos esta narración que lleva el sello de la más alta autoridad, y confiesen la omnipotencia de esta grande institución para reformar y ennoblecer el carácter. . . , para propagar los conocimientos útiles, para purificar las fuentes de la justicia, etc., etc.» (Livigston—Legislación criminal—Edición Francesa—Tom. 2, pág. 78 y siguientes).

Otro ejemplo ahora de distinto carácter, pero no menos elocuente: Cuando el partido liberal de España con Dn. Emilio Castelar á la cabeza, pidió las reformas judiciales, y en primer término la institución del jurado, se le hizo una viva oposición. Hubo gran polémica por la prensa, gran lucha parlamentaria. Un diputado en plena sesión del Congreso llegó á decir: «se necesitan esas reformas, pero á todas ellas renuncio si se me han de dar con el jurado». Las ideas liberales triunfaron al fin; á pesar de todo, no pasó mucho tiempo sin que la institución quedara establecida con el asentimiento de todos los partidos. Y España tenía nuestros mismos antecedentes legislativos, nuestros mismos hábitos y costumbres procesales, que es tan necesario tener en cuenta, según el mensaje.

No quisiéramos dejar la pluma sin hacernos cargo, aunque sea muy someramente, de *los efectos desastrosos* que, según se afirma, ha producido el sistema en la República del Uruguay y en otros países.

Se alude sin duda á la causa del asesino de Idiarte Borda, que ha sido un escándalo judicial; y á algunos fallos que en Francia han causado muy desfavorable impresión. Serán esos casos, tan dignos de censura como se quiera; pero es un error deplorable culpar de ello á la institución que en muchos otros casos habrá dado resultados intachables. Sucede frecuentemente que se nota lo malo para censurarlo y no solo no se aplaude lo bueno, sino que se le deja caer en un olvido absoluto. Esto es lo que ha sucedido. Los errores y abusos que se cometen no afectan á la institución en sí misma. Y prueba de que así son considerados por las gentes pensadoras y sensatas es que en ninguna parte se ha levantado una voz autorizada; un Tribunal, un Ministerio, un Miembro del Parlamento, para pedir que se suprima.

Nosotros hemos tenido el caso de Calderón, que ha dado lugar á la saludable agitación producida en el orden judicial. No ha sido ciertamente por culpa del juicio por jurados, que no lo teníamos. Afirmamos que ha sido precisamente por no tenerlo. Si hubiera existido, es indudable que no habría tenido lugar el sobreseimiento decretado.

Mayo 31, *La Nación* de esta fecha se ha ocupado de la *Justicia Criminal*, y se ha pronunciado contra el establecimiento del Juicio por Jurados. Es una fuerza importante conque han debido contar los amigos de la institución y que inesperadamente les falta.

Acostumbrados á ver á este diario ponerse siempre al servicio de las ideas y principios más liberales, nos ha causado profunda extrañeza verlo dejar su puesto en esta ocasión, para que lo ocupen otros órganos de la opinión, y se constituyan campeones de los preceptos de la constitución y de una de las instituciones más altamente liberales y de progreso. Califica de *discutibles* las ventajas del juicio por jurados; dice que no estamos habilitados todavía para implantarlo con éxito; que no ha llegado nuestro país al grado de *perfeccionamiento administrativo* que el jurado exige, etc.

Todo esto lo hemos refutado antes de ahora y lo refutamos en este mismo artículo con el apoyo del eminente Livingston.

Pero la refutación más perentoria de *La Nación* de hoy, está en *La Nación* de otro tiempo.

En un editorial escrito hace años por una respetable persona, autoridad irrecusable para los actuales redactores, se pedía el establecimiento del juicio por jurados, como una reforma necesaria y urgente. No se decía que fuesen *discutibles* las ventajas de la institución. No se pretendía que nuestro país no hubiese llegado al grado de perfeccionamiento administrativo que exige el jurado. Lo reclamaba como un remedio para los males y deficiencias que se sentían.

Termina su artículo *La Nación* afirmando que en ese sentido (el del artículo) se inclinan las opiniones más autorizadas del foro.

Reconocemos con pesar que hay muchos letrados que así piensan; pero es un error creer que sean los más, ni los más autorizados. En prueba de esto, podríamos formar una larga lista en que figurarían magistrados, distinguidos abogados, mucha parte del elemento joven de nuestro foro y que iría encabezada con nombres como éstos: Carril, Gorostiaga, Alberdi, Juan M. Gutierrez,

Avellaneda y otros que no honran ya nuestro Foro, pero que lo han honrado.

Pronostica *La Nación* un *fracaso* si se llegara á hacer un ensayo. Si tal cosa temen los redactores, Livingston les diría:

Tranquilízense Vds. Consagren algunos momentos de atención al episodio de Ceylan y á lo que nosotros hemos hecho en el Estado de Luisiana cuando no era, ni con mucho, lo que es la República Argentina.

No habiendo podido insertarse el artículo que precede, en el número anterior, agregaremos por vía de apéndice, algunas consideraciones, que le servirán de complemento.

Conocemos ahora la forma en que ha proyectado el Ministro de Justicia el enjuiciamiento de los Magistrados. Es un Juri compuesto de Magistrados y Senadores en número de siete. Basta esto para ver la inexactitud conque se ha dicho que tal enjuiciamiento sería un ensayo del Juicio por Jurados. Apesar del nombre que se le dá, no es otra cosa que un Tribunal, con jurisdicción especial para ciertos delitos y delincuentes; y es fácil conocer que la experiencia que en sus actos se fundara, serviría tanto con respecto al Juicio por Jurados, como si, para ensayar la República, se estableciese una Monarquía Constitucional ó una Oligarquía.

Puede asegurarse que el Ministro no ha pensado un momento en tal cosa y prueba de ello es, el proyecto remitido al Congreso con el Mensaje; en éste se dice que el P. E. queda ocupándose del asunto, en la esperanza de llegar á conclusiones acordes con los propósitos de nuestra Constitución; y que en tal caso las sometería al Congreso en las sesiones del actual período.

Queda, pues, firme lo que hemos dicho respecto del ensayo que se tiene el propósito de hacer. El debe ser *del Juicio por Jurados* en toda su pureza y no de otra cosa por semejante que parezca: limitado se requiere, pero no en la esencia de la institución. Para ser mejor comprendidos, pondremos un ejemplo. Creemos que llenaría perfectamente el objeto una ley en este sentido:—

1º Declárase ley de la Nación tal proyecto el de 1873 por ejemplo.

2º Hasta nueva disposición, solo será aplicable en la Capital de la República.

Así limitado, tendríamos un ensayo fácil de practicar; y de resultados pronta y fácilmente apreciables.

JOSÉ DOMINGUEZ.



## Documentos humanos

### La última carta de un condenado

Los detalles que preceden en la publicación de este *documento humano*, los debemos á las informaciones suministradas por una persona que no podemos nombrar y que ha estado en condiciones de conocerlos de un modo seguro y positivo, pudiendo por nuestra parte garantizar su autenticidad.

Nemesio López, joven de 27 años, detenido ya en la Penitenciaría de la Capital y distinguido bajo el núm. 85, había sido condenado, hace siete años á presidio por tiempo indeterminado por el Tribunal Federal de Corrientes, por haber asesinado en complicidad con otro (detenido también en la Penitenciaría de Buenos Aires) á un quintero italiano, porque «lo había oído renegar».

Estos dos extraños defensores de la divinidad, habían herido también mortalmente á la mujer del blasfemo.

López guardaba en la cárcel una conducta disciplinada y tranquila, al punto de granjearse la consideración de los superiores y de los compañeros.

A la época de la condena, no sabía leer ni escribir. Frecuentó la escuela de la cárcel con asiduidad y provecho, y poco á poco se hizo uno de los alumnos más aplicados y estudiosos del curso.

Personas que han asistido de cerca y durante años á esta dilatación de los horizontes intelectuales en el cerebro del desgraciado, aseguran que han presenciado también una lenta y paralela transformación de su carácter.

En los últimos notábase en él una melancolía dulce pero continua.

Sus creencias ultra religiosas se habían transformado poco á poco en una fé tranquila, iluminada por aquel rayo de instrucción que había descendido á su mente, aunque tarde, desgraciadamente, entre los muros de la prisión.

De repente, una mañana, hace algunos meses, los guardianes hallaron al desgraciado ahorcado en su celda.

Los diarios anunciaron el suicidio, sin sospechar que tan espantosa tragedia del alma hubiese determinado esta auto-ejecución.

El suicida, antes de cumplir el desesperado propósito que lentamente maduraba en su mente,

había escrito á un empleado superior del establecimiento, la carta que insertamos textualmente á continuación:

« Señor Luis Rodríguez

« Enfermería.

« Mi estimado y carísimo amigo:

« Fatal es la noticia que vengo á dar á Ud. por « medio de la presente.

« Pero considerándolo como amigo íntimo, sin- « cero y leal ex-compañero de labores y tareas, « no puedo dejar de notificarle mi trágica muerte « y despedirme de Ud.

« Me suicido, amigo Luís, porque tengo una « llaga abierta é incurable en el alma, que con la « muerte solamente podré borrarla.

« Aún siento quitarme la vida muy joven, pero « cuando se presenta una causa como en el pre- « sente á mí, entonces, no queda más remedio « que despojarse de la existencia.

« Pues, amigo mío, como le digo, me encuentro « en este momento en una situación tan crítica « que Ud. no podrá imaginarse.

« Y ella es la que me arrastra al suicidio, por- « que me será más tarde un gran bochorno y « para evitar ésto hago de mi vida polvo.

« Me alejo pues Luís, para siempre de su ama- « ble compañía. Solo siento no poderlo ver por « última vez.

« Tal vez Ud. dirá, como tantos que mi acto de « proceder responde á cobardía.

« No es, nó, cobardía, es el impulso de mi pudor, « como ya le di á comprender más arriba.

« Adiós, Luís Rodríguez, y mil veces adiós « para siempre.

« Y el Supremo creador le conceda mil años de « vida y prosperidad.

« Le doy la mano y adiós por segunda vez.

« Nemesio López.

« Febrero 8 de 1899. »

El documento transcripto dejaría en el misterio la hoguera psicológica que determinó el suicidio sino estuviésemos en condiciones de dar á la publicidad, otra carta que es una hoja volante, escrita con lápiz y remitido por el suicida, pocos días antes de su muerte, á un compañero de prisión de quien lo hemos obtenido.

Reproduciéndolo aquí, cumplimos un deber de indagación científica.

No hacemos uso del secreto de un extinto para fines vulgares de curiosidad gacetillera.

Su manuscrito que fué confirmado después en la confesión hecha por López verbalmente al

mismo compañero, no es para nosotros más que el fragmento psíquico de un organismo criminal que ya nada tiene que temer de la venganza ó de la justicia de los hombres.

He aquí, ahora, el documento humano:

.....

« Lo que yo no había tenido el coraje de confesarte, es el primero pero el mayor de los delitos que he cometido.

« En libertad, allá en mi país, cuando todavía era muy joven, un día me encontré en plena campaña con una niña de 7 años.

« Hasta entonces, no había sentido sino por momentos, los estímulos de la carne. Aquél día, no sabía decir lo que pasó por mí.

« Vuelvo á ver las cosas, como en un sueño, tanto que casi me parece haber visto hacer á otro lo que yo, yo mismo ejecuté.

« Sentí una necesidad de ella, bestial. La asegué y la violé repetidas veces, brutalmente.

« La niña se debatía y lloraba. Cuando me sació, fui como despertado por sus gritos pidiendo socorro.

« Tuve miedo de ser descubierto y resolví matarla. Cuando levanté el cuchillo, se puso á gritar desesperadamente, abrazando mis piernas y besándome en las rodillas para pedirme gracia.

« Aquellos gritos desesperados me enfurecieron y concluí por ahorcarla.

« Nadie ha sabido jamás que yo fuese el culpable.

« Más aún: para alejar cada vez más toda sospecha, cuando el cadáver mutilado fué llevado al pueblo, yo acudí con los demás, á verlo, maldeciendo en alta voz al asesino.

« Entonces yo no era más que un bruto; no comprendía nada. No sabía distinguir el mal del bien.

« Aún cuando maté al quintero, porque blasfemaba, y á su mujer porque quería defenderlo, creía ganarme el paraíso.

« Estudiando, leyendo, conociendo el mundo cuando el mundo me ha condenado, he comprendido todo el horror de mi pasado, y ahora tengo miedo de mí mismo.

« Sentía como un peso, y tenía necesidad de desahogarme contigo, de confesarte todo porqué en adelante nada puedo temer.

« A la *llaga abierta*, no hay más que un remedio —y me lo procuraré.

« Verbalmente te daré más y mejor, porque ya estás preparado á oír las cosas terribles» .....

.....

## Jurisprudencia Criminal

### Del homicidio alevoso

Apesar de lo claro de los textos legales, sigue dominando en la práctica un falso concepto de alevosía que, si bien al llegar las causas á la E. Cámara es constantemente rectificado, surge de nuevo y tiende á imponerse.

Y no precisamente por sobra de doctrina sino por falta de contemplación serena de los casos que se ván planteando y que por muchos funcionarios públicos solo son un pretexto para exhibicionismos que serían risibles si no fueran lamentables.

El inciso 2º del art. 84 C. P. define la alevosía como «entendiéndose que la hay cuando se obra á traición ó sin peligro para el agresor». Y el art. 95 establece la pena de muerte (ó la inmediata si hay atenuantes) cuando el homicidio se perpetra con alevosía.

En un caso registrado en la pag. 18 del último tomo publicado de sentencias de la Cámara (el 69) hallamos los errores de siempre en materia de alevosía.

Jugaban al Carnaval, Canavesi y varios compañeros con la familia de Lorenzo, cuando sin causa alguna aparente aquel dió una puñalada á Ramon Lorenzo que falleció de sus resultas en el acto.

El agente fiscal calificó el caso de asesinato por haber alevosía ya «que la puñalada fué dada á traición y sin peligro para el agresor».

El juez apreció también la circunstancia de alevosía porque «Canavesi no había tenido incidente alguno con su víctima, no discutía con ella, ni habia mediado circunstancia alguna que pudiera hacer presumir á Lorenzo un ataque de parte de Canavesi, cuando este se le acercó por la espalda, y tomándolo desprevenido le hirió».

El fiscal de Cámara ya rectifica algo tan erróneas apreciaciones cuando dice que Canavesi no ha preparado calculadamente esa situación (herir de atrás ó de costado) de manera que el agredido no pudiera defenderse, sino que movido por un impulso malvado ha utilizado instantáneamente la situación que se le presentaba».

La Cámara (ponencia del Dr. Esteves) recuerda que el inciso 2º del art. 84 C. P. no debe aplicarse según el rigorismo y generalidad de sus términos, sino que la existencia de la alevosía solo puede declararse si resulta plenamente justificado que la falta de peligro para el reo



era debida á su previsión «es decir si ella entraba en sus cálculos. Cita al efecto la causa de la página 34 del tomo 32 de Fallos.

La cuestión fué mejor que en este fallo, bien planteado en el tomo 6º de la serie 5ª pag. 237.

Una forma de la alevosía, allí se dijo (Voto del Dr. García) es la falsedad y el engaño para ocultar la intención criminal del agente, es lo que llama Carrara ocultación moral (homicidio proditorio) y existe cuando el enemigo ha encubierto el animo hostil, fingiendo amistad ó disimulando la enemistad.

Y hay una segunda forma—ocultación material—cuando se encubre insidiosamente el malhecho para caer repentinamente sobre su víctima ó cuando con el mismo objeto ha ocultado los medios de que se ha de valer. Es el *guet-apens* francés.

Son notables en el mismo Voto las concordancias con las antiguas leyes patrias en particular el Fuero Real y las Partidas.

Desde entonces se han venido sucediendo las sentencias de la Cámara en que se aplica la buena doctrina (serie 5ª tomo 12º pag. 54 y antes serie 4ª tomo 2º pag. 37, serie 4ª tomo 6º pag. 32 etc.

A pesar de lo cual siguen los agentes fiscales y los acusadores más ó menos particulares, calificando de homicidios alevosos, homicidios en que no hay la menor sospecha de traición ni de haber obrado sobre seguro.

Son vistas ó aún acciones perfectamente alevosas.

CARLOS MALAGARRIGA

## La excarcelación bajo fianza

### en relación á la extradición

#### UN CASO NUEVO

La Suprema Corte de Justicia está llamada á resolver un caso completamente nuevo y de sumo interés jurídico.

Hace tiempo el Gobierno de Austria-Hungría se dirigió á las autoridades de esta República, pidiendo la extradición de L. K., que se encontraba en Buenos Aires y contra el cual el Juez de Instrucción de Vercez (Hungría), había levantado un sumario por delito de defraudación.

Reducido á prisión, su defensor, invocando lo

dispuesto en el Art. 674 del Cód. de Proc. en lo Criminal y el hecho de que el monto de la defraudación hacía excarcelable á L. K. con arreglo á las Leyes de esta República, solicitó su excarcelación bajo fianza, que le fue concedida.

El pedido de extradición dió lugar á un largo debate en primera y segunda instancia. Pero á pesar de las razones que la defensa hacía valer, se acordó la extradición.

Sin embargo, esta fué acordada por la Suprema Corte, bajo ciertas condiciones, para cuyo cumplimiento la defensa se creyó en el deber de provocar un incidente.

Durante su tramitación, L. K. para evitarse las humillaciones y los sufrimientos de un viaje tan largo, en caracter de preso, vigilado por gendarmes y con las esposas, cual si fuere un criminal temible, como siempre proceden los agentes en tales casos, sea cual fuere la gravedad del hecho que motiva la extradición, decidió valerse de la libertad de que aun gozaba, para emprender viaje para su patria, y allí, después de haber solicitado inutilmente un indulto, se presentó al Juez de la causa, poniéndose á disposición del mismo para la prosecución de la instructoria, y parece que, dada la gravedad relativa, que tenía su causa, le fué concedido quedara en libertad provisoria hasta que se averiguara si procedía la prisión preventiva.

Pero, ya sea que el Juez de Instrucción no haya participado á la autoridad política el hecho de la espontanea presentación de L. K., ó que ésta se haya olvidado de comunicar la noticia á su encargado de negocios de aquí para que se dejara sin efecto el pedido, lo cierto es que el señor Juez Federal, en ignorancia de lo ocurrido, dictó medidas para conseguir que L. K. se presentara á los efectos de la extradición.

Su defensor que, hasta poco antes había á su vez ignorado lo que pasaba, pues que L. K. creyó de su conveniencia alejarse sin darle aviso, recogidos los informes, denunció el estado de las cosas al señor Juez, ofreció una información sumaria y solicitó que se librara exhorto, por tramite diplomático, para que constara que efectivamente L. K. ya se encontraba en su país de origen y á disposición de la autoridad judicial que había requerido su extradición, pidiendo al mismo tiempo que el Juzgado dejara en suspenso toda resolución sobre medidas tanto contra L. K. como contra su fiador.

El Juez no admitió la información, pero dispuso que se librara el oficio para establecer el hecho de la espontanea presentación de L. K.

al Juez de la causa, sin hacer lugar, sin embargo, á la suspensión pedida.

Mas tarde, de acuerdo con un pedido del Sr. Procurador Fiscal y antes de que se hubiese recibido la contestación del informe objeto del exhorto, el Sr. Juez Federal, intimó al defensor, que al mismo tiempo era Fiador de L. K. presentara á su fiado en el término de 48 horas, ó en caso contrario, depositara en el Banco el importe de la fianza.

Contra este auto, el defensor dedujo recurso de reposición, con apelación en subsidio.

El juez no hizo lugar á la revocatoria, pero si á la apelación, y como dije, ahora el incidente será resuelto por la Suprema Corte y su debate tendrá toda la amplitud é importancia que reviste el caso.

Examinémosle por nuestra cuenta.

¿Cuál es el objeto de un pedido de extradición? — El de conseguir que el procesado ó el condenado que se encuentra en el extranjero, se presente al Juez de la causa ó á los fines de la instructoria, ó para sufrir la pena que se le hubiera impuesto.

Por consiguiente, cuando el objeto se cumple no existe más motivo para que tenga lugar la extradición.

Esto es tan sencillamente lógico que no admite discusión.

Sentado este punto, yo creo que puede plantearse otro.

¿El requerido podrá renunciar á los trámites de la extradición, es decir, dar espontaneo cumplimiento á su presentación, que se reclama?

La contestación no puede ser dudosa. Del mismo modo que no se hace cumplir una orden de arresto ya espedita, cuando el individuo se presenta espontáneamente al Juez que le reclama, no puede concebirse que, deba darse ejecución material á una orden de extradición concedida, cuando el requerido ya se encuentra en poder de la autoridad que pidiera la extradición.

Por otra parte, un requerido contra el cual se ha pedido la extradición y que aun disponga de su libertad, ¿tendrá acaso la obligación de pedir previo permiso de la autoridad que entiende sobre el pedido de extradición para emprender el viaje á fin de presentarse al Juez de la causa?

Esta previa autorización ni es posible ni puede concebirse.

En efecto, ¿qué jurisdicción tendría el juez exhortado, para concederla?

La que tiene es de naturaleza delegada; tiene los caracteres del mandato, y el mandatario no puede extralimitar sus términos. Sus facultades se limitan á entregarlo previo juicio sobre la procedencia de la entrega.

Por otra parte, no es concebible que pueda pedirse la previa autorización, cuando ella, aun siendo procedente por jurisdicción, importaría cargar con una responsabilidad que ninguna autoridad podría asumir.

Ahora, volviendo á la sustancia de la resolución del Juzgado, que pretende la presentación material del requerido ó en su defecto el depósito de la fianza, mientras está pendiente el informe pedido y decretado sobre el hecho de que L. K. ya se encuentre de hecho extraído y á disposición del Juez que lo requería, es claro que esta resolución se resolvería en la argumentación siguiente:

Yo juez, delegado para entregar el requerido cuya extradición fué concedida, tengo que cumplir con mi cometido. Que el individuo ya se encuentre en su país de origen y á disposición del Juez de su causa, no importa; la diligencia ha de cumplirse igualmente: preséntese el individuo, aún cuando para ello, fuera necesario hacerlo volver de donde se encuentra al Territorio de esta República, para que, reducido nuevamente á prisión y *con fustibus et lanternis*, sea entregado á la autoridad que lo requería.

Me limito á estas pocas observaciones, que me parecen demuestran cuan equivocado sea el criterio que ha de haber guiado al Sr. Juez Federal al resolver el incidente de la revocatoria, pues no quiero usurpar al defensor el derecho de ilustrar, también del punto de vista jurídico, la teoría que sostiene y que hará valer en su informe in voce.

Tendremos al corriente á nuestros lectores de la resolución de la Suprema Corte en este caso nuevo y curioso.

L. H. ALBASIO.





## Madres criminales

### Los infanticidios de La Magdalena

Vuelve á turbar la tranquilidad del pacífico pueblo de La Magdalena, otro crimen monstruoso cuya naturaleza y circunstancias excepcionales, sublevan el espíritu público, repercutiendo dolorosamente en una protesta unánime de indignación.

Ya sea por ignorancia científica, ó bien por el conocimiento imperfecto de las condiciones especiales en que cada hecho se produce, la opinión pública, en presencia de los grandes crímenes patéticamente narrados en las notas rojas de la crónica y del folletín, no concibe más atenuantes que las de índole objetiva, reducidas casi siempre á la consideración del móvil y á las formas exteriores del hecho, sin atención alguna al factor individual que solo se toma en cuenta como elemento de apreciación en los casos excepcionales de demencia aguda y de embriaguez completa en la persona del agresor.

Así, si el móvil ostensible de un delito es la pretendida ablución del honor, como sucede en el duelo, en que la honradez se limpia con la sangre de la delincuencia, el hecho pierde su carácter criminoso ante la conciencia pública de tan pausable causal. Pero si el móvil permanece oculto como sucede en la mayoría de los casos, aunque el hecho sea más leve en su abstracción jurídica, la tolerancia de la crítica se cambia en indignación.

Del mismo modo, el reconocimiento pericial de las facultades psíquicas del delincuente que, dada la importancia de este factor en la criminalidad, debiera ser la regla general en todo delito de cierta gravedad, cuyas circunstancias lo presenten como una aberración contraria á las leyes más elementales de la actividad individual, es sin embargo una excepción que solo se

concede en los casos en que la perturbación mental se manifiesta exteriormente aún á los ojos profanos, en cuyo caso la pericia está demás.

La locura latente, la epilepsia larvada y toda la infinita escala de las perturbaciones orgánicas que neutralizan ó atenúan la pretendida libertad moral, son letra muerta para la opinión y aún para los magistrados que, no obstante los progresos de las ciencias médicas y antropológicas, siguen creyendo que *cuando uno es loco, lo es hasta la punta de los dedos*.

Es así, que una gran parte de los delincuentes condenados por hechos graves en el concepto de una mentalidad normal, son trasladados de las cárceles á los manicomios, por afecciones mentales declaradas, cuyo proceso se ha iniciado antes de delinquir.

El Dr. Agustín Drago, distinguido médico lejista y fundador de la oficina antropométrica de esta capital, me decía no hace mucho, que si examinasen detenidamente los reos que cumplen las condenas más graves en la Penitenciaría Nacional, se hallaría que el setenta y cinco por ciento de los mismos están atacados de alteraciones mentales de consideración.

Cuántos errores judiciales han tenido su único origen en la intervención impresionista de las masas que previenen en el juzgamiento de los grandes delitos, sea directamente en forma de linchamiento, ó de un modo indirecto pero no menos peligroso, mediante la presión moral ejercida por la *vox populi, vox dei*, en el ánimo del funcionario ó del jurado popular!

Para dar una idea del grado de ofuscación con que se exalta el juicio público en la apreciación de los hechos sangrientos, nos bastará recordar aquí que uno de los más importantes diarios de esta ciudad, al referir algunos pormenores de los infanticidios cometidos en La Magdalena por la morena Marcelina Arteyas, afirma que no

existe una sola circunstancia atenuante de ese delito, no obstante de reconocer, á renglón seguido, que las autoridades policiales de la localidad han constatado que la madre de Marcelina, que actualmente reside en la Capital Federal, es culpable, á su vez, de idénticos delitos, cometidos hace algunos años, y que por otra parte, Marcelina manifiesta que daba muerte á sus hijos por imposibilidad de proveer á su subsistencia.

Estos dos factores acusan, desde luego, todo un proceso de degeneración orgánica que bajo las presiones mesológicas del ambiente explica por sí solo el hecho sensacional.

Solo en tales condiciones, podemos asistir al espectáculo de una madre desnaturalizada hasta el punto de dar muerte á cinco hijos, dos de los cuales, mellizos, fueron asesinados conjuntamente, sin vacilación alguna, sin arrepentimiento posterior.

Aún cuando la falta de tiempo y la distancia, no me permiten presentar el cuadro general de los caracteres somáticos de la infanticida reincidente, tengo á la vista elementos suficientes para llegar á la conclusión de que se trata de una delincuente nata, en cuyo fondo antropológico sensiblemente degenerado, resulta en primer término la más completa atrofia del sentido moral.

Al factor hereditario oficialmente comprobado, á la ausencia absoluta, del sentimiento de la maternidad, característica de la mujer conjénitamente criminal, refleja en el número y forma de los infanticidios cometidos, se agrega luego la influencia obligada de los dos factores sociales que, salvo rarísimas excepciones, intervienen siempre en esa clase de delitos: las crecientes y, á veces, insuperables dificultades económicas de la vida, y las intolerancias fisiológicas de la moralidad convencional.

Las estadísticas comparadas demuestran

que el delito de infanticidio es mucho más frecuente en los pueblos de raza latina, en que son también mayores las asperezas económicas y la tiranía social para con la mujer que sucumbe á las leyes naturales — más imperiosas y morales que las jurídicas — ó á las acéchanzas del hombre á que, por esa misma legislación civil, está cruelmente sujeta.

El número de infanticidios es en cambio infinitamente menor entre los pueblos de origen anglo-sajon, cuyas finanzas dominan hoy la vida económica internacional, y donde es muy superior la liberalidad moral y jurídica que mejora cada día la condición social y económica de la mujer.

Por análogas razones, las estadísticas locales arrojan también un aumento proporcional de los infanticidios perpetrados en las ciudades, sobre el número de los ejecutados en la campaña.

Por último y bajo el punto de vista de la cultura social, los pocos datos estadísticos de que he podido disponer, acusan una proporción menor en el número de los infanticidios, entre los pueblos semi-salvajes, con relación á los países más civilizados en que existe mayor severidad en las exigencias de las costumbres sociales y en la intransigencia de la moral.

La profunda perversión fisio-psíquica de Marcelina Arteyas, no puede ponerse en duda ante los antecedentes referidos.

Pero en lo que más se evidencia la falta del sentido moral, es en el análisis de los detalles posteriores al delito.

Arrestada Marcelina, bajo la inculpación del último infanticidio cometido, á las primeras preguntas del funcionario policial, confesó de plano los otros delitos hasta entonces ignorados, con la más espantosa tranquilidad, refiriendo circunstanciadamente una serie de detalles repugnantes que no es posible describir, y ayudando gustosa á la tarea de las pesquisas, no solo con la indicación de los sitios en que había ente-



rrado á sus hijos, sino también procediendo á su exhumación, para lo cual removía la tierra con sus propias manos para sacar los huesos de los pequeños cadáveres, con el empeño y la impasibilidad del labrador que remueve los surcos para extraer los tubérculos vegetales fruto de su honrada labor!

Por poco que se reflexione sobre las causas fatales de tanta perversión, tórnase en amarga piedad, el sentimiento de profunda abominación que, como un fenómeno reflejo, produce en el espíritu más sereno la monstruosidad física y moral de esta fiera humana que asesina, uno tras otro, y por los más atroces medios, los hijos de su bestial prostitución.

Hija del azar, depositaría inconsciente de todo el fango moral acumulado en la herencia y en la escuela de una madre igualmente prostituta y delincuente, no es ella también acaso una víctima horrible de la naturaleza, un detritus orgánico del ambiente social?

RICARDO DEL CAMPO.

## La Ley sobre la Policía de los Extranjeros

Hemos querido que la prensa política agotase los lirismos de aplauso ó las ecatilnarias de reproche contra el proyecto Cané, sobre la expulsión de extranjeros calificados de sospechosos, antes de dar nuestra opinión del punto de vista objetivo y positivista, sobre el proyecto mismo, modificado hoy sustancialmente por los representantes del poder legislativo.

Solo entraremos en consideraciones de índole general, ya que las cuestiones de detalle no tienen más que una importancia relativa en este campo en que todo se reduce á un principio complejo pero único del derecho y de la justicia.

La Argentina conservaba, entre las naciones civilizadas una primacía incontestable, en medio de sus numerosos defectos de legislación: el de una constitución no hecha por leguleyos, sino

por hombres jóvenes de mente y de corazón, que no padecían de temores seniles, toda vez que tales temores no son más que las psicopatologías legislativas de las épocas de decadencia.

El derecho público argentino, oriflama celeste y blanco desplegado al sol de Mayo por una revolución popular, no es susceptible de modificaciones restrictivas, sino lacerándosele en cuanto tiene de elevado, de Americano en el buen sentido de la palabra.

La doctrina de Monroe, traída desde el Norte de la América latina por los soplos de la libertad, no había resonado aquí, sinó como una declaración solemne de la independencia del nuevo mundo de las rapiñas políticas y militares de la dominación europea.

El aforismo autonomista *América para los Americanos*, tan solo significaba libertad de ingerencia extraña, pero nunca jurisdicción excepcional de las leyes americanas hacia los extranjeros que vienen á buscar en la joven tierra la ciudadanía natural á que el trabajo honrado dá derecho en cualquier rincon del mundo civilizado.

Pero la Europa tiene sus leyes de exepción y de prevención contra los extranjeros, como las tiene Norte-América, y es necesario, pues, imitar á esos países. He aquí el argumento principal de los principales sostenedores de los nuevos proyectos.

En primer lugar, no es exacto que todo los países que cita el distinguido senador Sr. Cané tengan esta legislación especial de los extranjeros.

Quien esto escribe ha vivido largo tiempo en Inglaterra y en los Estados Unidos, donde es soberano el dominio de la ley común sobre los ciudadanos y sobre los que no lo son, y ha podido constatar directamente que ninguna odiosa restricción limita allí el derecho de desembarco y permanencia con respecto al extranjero por más que esta sea calificado de peligroso por la policía de su país. Y es porque allí se sabe que si es un *peligroso* de índole político, la mejor prevención es desarmarlo, demostrándole con el hecho que la tierra á que llega es un país de libertad; y si es un *peligroso* de otra naturaleza, no se tiene el derecho de castigarlo por culpa que aún no ha cometido, por más que se le juzgue capaz de delinquir; y no se ignora que el cambio de condiciones de ambiente social y cósmico, pueden influir extraordinariamente sobre las modificaciones del carácter y de las tendencias morales.

Prueba positiva de esta afirmación, es la Australia, que es el país en que proporcionalmente se delinque menos que en la mayor parte de los otros países civilizados del mundo, donde no solo la inmigración es también completamente libre, sino que como es sabido, una parte de la población está formada por los ex-deportados á las colonias penales, y por los hijos de los mismos.

La única limitación (no muy plausible, por cierto) de la legislación norte-americana al desembarco de extranjeros en el suelo de la república, es contra los analfabetos, y contra los que no poseen ningún medio de subsistencia.

Esta restricción no impide que verdaderos delincuentes que saben leer y escribir correctamente, puedan desembarcar en los puertos de la Unión, con toda comodidad y con la bolsa bien repleta; mientras que masas de trabajadores ricos de sentido moral, de laboriosidad, de espíritu y de sacrificio, pero completamente privados de instrucción y de dinero—dos pobreza casi siempre inseparables—se vean rechazadas de las barreras inexorables de Long-Island, por las vías del Océano, con poca gloria para la patria de Washington y de Lincoln.

No siempre, al imitarse á las grandes naciones, se les imita en el bien.

Las leyes de profilaxis social contra el delito, si tales pueden ser las que tienen por base una prevención puramente policial y negativa, no llegan á ser eficaces, sanas y jurídicas, cuando polarizan sus rigores contra una categoría especial de la población.

En un país joven como la Argentina, tomar como punto de mira la inmigración extranjera, en una verdadera *ley de sospecha*; colocar á esta corriente social de que fluyen las energías de trabajo, de iniciativa, de riqueza, en una condición de inferioridad jurídica con respecto á los demás habitantes del país; colocar á los huéspedes fuera de las garantías comunes de las leyes y de los órdenes judiciales, para entregarlos discrecionalmente á los veleidosos humores del poder ejecutivo,—es no entender, modernamente hablando, la misión histórica de los pueblos nuevos llamados á refundir en el crisol de una fraternidad de intereses y de sentimientos, la fibra y el alma de las viejas razas; es hacer anacronismos legislativos contra los extranjeros, por manía de imitación de los extranjeros mismos, en todo lo que tienen de menos bueno y de menos imitable en sus propias leyes.

Ninguna jurisdicción excepcional contra la inmigración, ha sido tan inoportuna y antijurídica como la que la República Argentina vendría á establecer, en contraposición á sus nobles tradiciones, si el poder legislativo sancionase el proyecto Cané.

No son los detalles, lo que más importancia tiene en un proyecto de ley de esa naturaleza; es la sustancia del mismo y el principio que lo informa. Es, pues, sobre esto, que nosotros insistimos.

El Senador Cané se ha inspirado en criterios prehistóricos en materia de derecho constitucional é internacional. Su propuesta legislativa ha hecho mala impresión en los círculos políticos de Europa, porque á veces los males son notados y deplorados en los otros, por aquellos mismos que han dado los malos ejemplos.

Y es poco favorable sentirse reprochar hasta por los mismos que han inducido en el error.

La palabra *extranjero* no puede ser escrita con ligereza por un legislador argentino, en una ley de proscripción, sin renegar el principio de amplia hospitalidad que dió á la joven nación un pasado de gloria, y que le asegura un porvenir de florecimiento.

No es seguramente poniendo fuera de las leyes comunes á una tercera parte de los habitantes del país, que podrán prevenirse seriamente los delitos y alejar á los delincuentes.

La *declaración de extranjero peligroso* del proyecto Cané, constituiría—una vez dejada al arbitrio del poder político—una verdadera violación del *jus gentium*, estableciendo como un sistema, que para todo el que no sea ciudadano argentino, aun cuando no cometa delitos (si la policía sospecha que pueda cometerlos) no existen juicios con las garantías del procedimiento, sino tablas de bando que el ejecutivo puede decretar sobre las informaciones interesadas de los delatores, calumniadores por espíritu de venganza, ó simples aduladores oficiales, que pululan en todos los regímenes basados en la persecución. Y la persecución mata á la justicia.

Hemos leído con sincero disgusto los *Apuntes* con que el senador Cané acompaña su proyecto de ley, y nos preguntamos si merecía la pena viajar por toda la Europa, para tomar de sus legislaciones todo lo que tienen de menos apreciable para quien llega desde un país de libertad, ya que la preocupación política que se transparenta constantemente en las observaciones del senador proponente, es la de imponer el mayor silencio posible (con amenazas de expulsión) á



la palabra y á la prensa propagandistas de ideas sociales que por ser contrarias á las del autor del proyecto deben ser declaradas peligrosas por todo gobernante prudente.

Desde que una vez que deba juzgarse, con el derecho de repeler, á los adversarios políticos, con criterios políticos también, el arbitrio puede manejarse en absoluto, y la justicia acabar de esconderse.

En este caso habría sido más razonable proponer leyes de prevención política sobre la palabra y la prensa, imitando aún en esto á algunos de los más reaccionarios Gobiernos de Europa, antes que hacer un experimento *in corpore vili*, tomando por base el elástico y cómodo medio de persecución, que es el *extranjero peligroso*.

No puede salirse de este dilema: ó los sostenedores de la teoría de la policía de prevenir, antes que la de reparar (y que no debe confundirse con la de los sustitutos penales en Criminalogía) creen seriamente en la necesidad de arrojar del seno de la sociedad á los peligrosos de índole política ó comun—y en tal caso la expulsión, bajo forma de bando, debería infligirse tanto á los extranjeros, como á los nacionales—ó los proponentes quieren hacer *chauvinisme* lesmedido, declarando *a priori* que no hay argentinos peligrosos ni en materia política, ni en la delincuencia común, y en este caso, digan abiertamente que el peligro del elemento *peligroso* extranjero, depende del hecho... de ser extranjero.

Efectivamente ese elemento no puede tener influencia política directa sobre los legisladores, ni ejercitar control alguno electoral sobre el modo de interpretar la carta fundamental del país.

No agregaremos mayores consideraciones sobre la falta de practicidad en las medidas sujetas por el Senador Cané, como remedio contra la pretendida inmigración del delito y de los delincuentes.

Los comentarios al respecto son intuitivos para todo el que considere las condiciones especiales del país y conozca las causas de la delincuencia y los medios de remediarla, más eficaces y jurídicos que los indicados por el autor del proyecto. Póngase en tela de juicio los expedientes de índole social y económica que levanten las condiciones de vida fisiológica, intelectual y moral de la población ya sea extranjera ó nacional; simplifíquese y háganse expeditos los engranajes de los procedimientos penales, or-

ganizando una magistratura íntegra, docta y laboriosa, provéase á que la justicia no sea la peor de las injusticias, como la presentaba Becaría.

Con estas medidas de profilaxis racional y profunda contra las provocaciones exteriores al delito, este mal—fruto de los terrenos palúdicos y pútridos—disminuirá rápidamente más que con cien expulsiones cotidianas de extranjeros peligrosos.

Que la ley penal no sea como la llamaba un italiano ilustre: «la sutil telaraña que los moscones atraviesan alegremente, y en la que solo «las miseras moscas y los mosquitos, quedan «enredados».

Que la justicia no se haga cruel con los pequeños delincuentes—víctimas, quizá, más que culpables—y no degeneren en cómplice de los grandes delitos y de los grandes criminales, solo porque estos sean ricos y poderosos.

El derecho común, imperando sobre los antiguos y nuevos hijos de la Argentina, relegará entre los viejos hierros de sus violencias inútiles é injustas, todas las providencias de privilegios contraproducentes como las propuestas últimamente á las asambleas legislativas.

Con el respeto á las cosas muertas, auguramos al proyecto en cuestión una honrada sepultura en los archivos donde la República Argentina sabe dejar en paz los documentos que no hacen honor á su derecho y á su libertad.

## Notas Bibliográficas

### Libros

• **Le Crime, ses causes et ses remèdes** — por Cesare Lombroso.—Edit. Schleiger frères, París, 1899.—

La «Biblioteca internacional de estudios sociológicos» que dirige, en París, nuestro colaborador A. Hamon, acaba de dar al público una nueva obra del genial profesor de Turín que integra, en cierto modo, sus profundos estudios sobre la criminalidad.

En su vasta y erudita producción científica anterior Lombroso había estudiado detenidamente al delincuente desde el punto de vista antropológico; su *L'uomo delinquente* seguirá siendo durante mucho tiempo la obra clásica y más completa escrita sobre ese tópico, al mismo tiempo que señalará el punto de partida

de la orientación científica que ha florecido en Italia con el nombre de Escuela Positiva de Antropología Criminal, conquistando tantos y tan elegidos cerebros en todos los centros científicos é intelectuales del mundo.

Principalmente preocupado por el estudio de los factores antropológicos en la etiología del delito, Lombroso no dedicó toda la atención que merecían á los factores de carácter económico-social. Por ese motivo ha sido que un grupo selecto y numeroso de la escuela positiva disintió del maestro, creyendo ver en los factores económico-sociales los principales agentes etiológicos del delito y sustituyendo al nombre de Antropología Criminal el de Sociología Criminal. Desde entonces viven y luchan dentro de la Escuela Positiva dos tendencias: la ortodoxa, encabezada por el mismo Lombroso, que atribuye á los factores antropológicos la parte principal en la etiología del delito, y la independiente, iniciada por Turati y Colajanni, que adjudica el rol principal á los factores económico-sociales. Tendencias que han sido llamadas, respectivamente, biológica y sociológica.

Las críticas, numerosas y violentas, á las ideas de Lombroso y de su escuela se han fundado por lo general en tres puntos que aparecían como los más vulnerables de su obra: el concepto que hace primar á la epilepsia sobre el cuadro múltiple de las degeneraciones, el estudio deficiente de los factores económico-sociales del delito y el no haber sugerido una terapéutica satisfactoria.

La obra presente, adornada de una inteligente erudición y dedicada á Max Nordau, viene á responder á esas dos últimas objeciones, resumiendo y ampliando lo que la escuela lombrosiana ha pensado y escrito sobre las causas del delito y los medios con que es posible evitarlo ó combatirlo.

Analiza sucesivamente las influencias meteóricas, y climatéricas, geológicas y orográficas; las influencias de la raza, la civilización, las variaciones demográficas, la alimentación, el alcoholismo, la instrucción; luego establece las relaciones importantes de la criminalidad con la situación económica general é individual y con la religión. La herencia en la etiología del crimen ocupa un importante capítulo; la edad, el sexo, la prostitución, el estado civil y las profesiones son estudiadas en sus relaciones cualitativas y cuantitativas con el delito. La influencia nefasta de las prisiones sobre los detenidos es demostrada con evidencia, las causas del crimen asociado, la influencia de los malos gobiernos, la miseria, las hibrideces sociales, las guerras y revueltas militares, la raza, etc. constituyen otro de los capítulos más interesantes.

En «Causas de los delitos políticos», resume

el autor todas las observaciones y opiniones anteriormente publicadas en su *Il Delitto Politico*, libro escrito en colaboración con Rodolfo Laschi.

La grata impresión que produce esta primera parte de la obra no oculta la deficiencia habitual en todas las producciones de Lombroso: ausencia de método y de clasificación. Se sabe, y muchos estudiosos de la misma escuela positiva son los que lo han establecido, que las causas del delito pueden dividirse en tres grandes grupos: causas provenientes del ambiente cósmico, del ambiente social y del ambiente individual; que podríamos decir: factores físicos, sociales y antropológicos. Si el autor hubiera seguido esa clasificación su obra habría ganado en claridad, facilitando la comprensión de conjunto de la etiología del delito. Además debe observarse que la ampliación, en cuanto respecta á los factores económico-sociales, es incompleta; la orientación, más moderna, de los partidarios de la tendencia sociológica, Turati, Colajanni, Ferri, Sighele, Hamon y otros, es mucho más completa y bien definida, desde este punto de vista.

La profilaxia y terapéutica del crimen, que constituye la segunda parte de la obra, sintetiza cuanto anteriormente han escrito los criminalistas de la escuela positiva con el propósito de prevenir el delito, y, ya que no es posible suprimirlo, tratar de disminuir la influencia de los diversos factores etiológicos en los criminales de ocasión, los adolescentes y los criminaloides; para ese propósito sirven los medios que Ferri llamó, felizmente, sustitutivos penales.

El autor, insistiendo en sus ideas anteriores, intenta establecer una correlación, un paralelismo entre la epilepsia y la criminalidad en relación con el atavismo; esta es la parte menos convincente del libro, sobre todo para los que estudian neuropatología y psiquiatría: es una exageración, injustificada, de un núcleo verdadero.

Respecto de la aplicación de la pena prohija los nuevos criterios jurídicos que, sobre todo después de los trabajos de Ferri, Garojalo, Du Hamel, Viazzi, Sighele y otros, han sustituido al viejo concepto de que la pena fuera un castigo aplicado al delincuente ó una recompensa acordada á la sociedad ofendida; lo que debe procurarse es asegurar el bienestar de la sociedad más bien que causar dolor al culpable; hay que preocuparse del delincuente y de su víctima más bien que de su delito como abstracción jurídica.

Se pronuncia contra las penas de prisión cortas y repetidas que de los criminales de ocasión hacen, por la delictuosa enseñanza de la cárcel, criminales habituales. «He visto, dice Lombroso,



en la prisión á 11 niños detenidos bajo la grave acusación de asociación de malhechores, por haber robado un arenque, 4 por un racimo de uvas, ó por un poco de yerba, al mismo tiempo que tres ministros defendían, en las cámaras, la inocencia de un ladrón de 20 millones». ¡Cruel ironía de los hechos, que evidencia con cuales criterios se administra justicia en el presente régimen social!

Por otra parte demuestra el autor que los viejos sistemas penitenciarios deben ser sustituidos por un conjunto de medidas preventivas y represivas más racionales; unas de orden extrapenitenciario: penas corporales, detención á domicilio, multas, indemnizaciones, reprimendas, fianzas, para los delitos poco graves; para los más graves: condenas condicionales, indeterminadas, á prueba, casas de Reforma, asilos criminales, etc. Son de interés las páginas en que se estudia el «Probation System» y el Reformatorio de Elmira; sin duda esta es la orientación más científica y racional de la penología. Algunas páginas ilustran muy favorablemente, con cifras, sobre los resultados de esos sistemas en Inglaterra y Suiza.

Por otra parte, en el porvenir, si se quiere combatir el crimen científicamente será necesario tratar de canalizar las tendencias antisociales de los delincuentes natos de manera que resulten útiles á la sociedad en que viven; es sabido que la guerra ha transformado en héroes á muchos vagos y asesinos; la cirugía podría utilizarse para canalizar en un sentido social y útil las tendencias antisociales de los delincuentes de sangre. El estado—dice Lombroso—debería tratar de canalizar y dirigir hacia las grandes obras altruistas esa energía, esa pasión del bien, de lo justo, de lo nuevo, que anima al criminal por pasión y al criminal político: es á la utilización de esas fuerzas, que abandonadas á sí mismas constituyen un peligro, que debieran tender los pueblos, pues ellas pueden ser utilizadas para el bien y hasta llegar á transformarlas masas apáticas. De esa *simbiosis del delito* la humanidad podrá esperar que llegue á ser cada vez menos incierta en la vida social la simbólica profecía de Isaías: «El lobo y el cordero pastarán juntos, el león se nutrirá de las hierbas de los prados como el buey, y la serpiente se nutrirá del polvo: no afligirán, ni harán mal en todo mi santo monte».

En un apéndice interesante el autor resume la historia de los progresos de la antropología criminal durante el período 1895-1898; hace importantes observaciones sobre las anomalías anatómicas de los delincuentes, á raíz de los estudios de Pitzorno, Motti, Raggi, Ottolenghi, Pellacani, Del Vecchio, Tenchini, Winkler, Talbot, Mondio, Roncoroni, Carrara y Va-

lenti. Sin embargo debemos recordar que á este respecto poco ó nada nuevo se encuentra, después de los interesantes estudios del profesor Minganzini, de Roma, sobre «Il Cervello», obra en que reunió numerosas observaciones anatómicas é histológicas sobre la morfología de los hemisferios cerebrales de los delincuentes.

Las observaciones biológicas, psicológicas, etiológicas y atávicas del apéndice podrán servir de base para futuras nociones antropológicas, pero así como aparecen no autorizan ninguna conclusión científica que, es de lealtad decirlo, Lombroso no pretende deducir.

«Le crime, ses causes et ses remèdes» llena completamente los propósitos de su autor; y si esta obra, que á todos los estudiosos de las modernas ciencias positivas interesa por igual, es susceptible de alguna crítica, se debe á que el maestro de Turín persiste en la primitiva tendencia antropológica de su escuela, no reconociendo las vastas razones científicas que asisten á la nueva tendencia sociológica que ha sido la resultante necesaria de la ampliación de los criterios y horizontes de la criminalología positiva de que es el fundador.

## Revistas

**Revue de Psychologie**—París, Abril y Mayo 1899.

Paul Hartenberg estudia el sitio de las «imágenes motrices» estableciendo que con ese término deben llamarse solamente los *mecanismos corticales motores* de un movimiento. Así en la articulación de una palabra intervienen varios centros, entre los cuales corresponde el rol principal á tres: centros de ejecución bulbar, centros corticales de proyección y un centro cortical de asociación (circunvolución de Broca, pié de la 3ª circunvolución frontal); de estos centros solamente al último corresponden las imágenes motrices. El sitio de éstas sería el territorio de los centros de asociación de Flecksig.

Kirchhoff comienza la publicación de un estudio muy interesante: «Consideraciones sobre el sitio topográfico de los desórdenes psíquicos»; nos ocuparemos próximamente de este trabajo.

JOSÉ INGENIEROS.



# CUADROS DEMOSTRATIVOS

del movimiento carcelario y de la delincuencia, en el Municipio de la Capital, durante el mes de Junio de 1899



## MOVIMIENTO DE CARCELES

MOVIMIENTO	Cárcel Penitenciaria				Cárcel Correccional de Mujeres y Menores				Casa de Corrección de Menores Varones de la Capital			
	Menores	Con- denados	Encausa- dos	Total	Con- denadas	Encausa- das	Menores enviados por la de fensoria	Total	Con- denados	Encausa- dos	Menores enviados por la defensoria	Total
Existencia el 31 de Mayo 1899.....	—	522	798	1420	30	44	203	227	16	109	166	291
Entradas.....	—	23	283	306	4	22	70	96	24	49	1	74
Totales.....	—	545	1081	1726	34	66	273	373	40	158	167	365
Salidas.....	—	13	374	387	2	40	56	98	29	50	18	97
Existencia el 30 de Junio 1899.....	—	532	707	1339	32	26	217	275	11	108	149	268

## ESTADÍSTICA POLICIAL

Delitos	
NATURALEZA	Número de delitos
Contra las personas.....	181
Contra la propiedad.....	348
Contra la honestidad.....	—
Contra las garantías individua- les y el orden público.....	46
Total.....	575

Contravenciones			
CAUSAS	Individuos entrados		TOTAL
	En el De- partamento	En las Comisaría	
Ebriedad.....	1453	157	1610
Desorden.....	287	92	379
Uso de armas y otras con- travenciones.....	320	375	695
Totales.....	2060	624	2684

Accidentes	
Accidentes	Víctimas
182	187

Incendios		
Incen- dios	Pérdidas \$ m/n	Valores asegurados
14	51.650	1.000,895

Suicidios y tentativas			
RESULTADO	Varones	Mujeres	Total
Suicidios...	1	2	3
Tentativas.	6	1	7
Totales...	7	3	10